Desarrollo económico, urbanización y radicalismo político *

RICARDO CINTA G.

Introducción

El propósito del presente trabajo consiste en analizar, dentro del amplio contexto del desarrollo de las sociedades latinoamericanas y con especial referencia al caso de Chile, las relaciones existentes entre el desarrollo económico y la urbanización con el comportamiento político radical de izquierda.

El escrito ha sido dividido en cuatro partes principales. En la primera, se ha intentado una revisión crítica de varios de los enfoques con que generalmente se aborda el estudio de la *transición* latinoamericana para de ahí perfilar otra perspectiva, que enfatizando el carácter dependiente del desarrollo y la urbanización latinoamericanos, refiera la comprensión de estos procesos y de sus efectos a las peculiaridades estructurales de la región y de cada país en particular y no al “modelo” de desarrollo propio de los países centrales.

Destacando ciertos rasgos esenciales de cada proceso, la segunda y tercera partes relacionan de manera sistemática al desarrollo económico y a la urbanización, separadamente, con el comportamiento político radical de izquierda tal y como puede ser captado en su expresión electoral; esto es, a través de la proporción de sufragios emitidos a favor del candidato de los partidos políticos de izquierda en las tres últimas elecciones presidenciales celebradas en Chile.

Finalmente, en la cuarta parte, la urbanización y el desarrollo socioeconómico son tratados simultáneamente con el fin de averiguar la capacidad de explicación conjunta que de estos procesos puede derivarse sobre nuestra variable dependiente.

El instrumental estadístico utilizado ha consistido básicamente en el análisis de correlación y regresión lineal múltiple.

El autor agradece la inapreciable ayuda que le fue brindada por

* Trabajo elaborado por el autor en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago, Chile, 1968 y presentado como ponencia en el IX Congreso Latinoamericano de Sociología celebrado en la ciudad de México en noviembre de 1969.

Vilmar Faria y Adam Przeworski en las distintas etapas de la investigación al igual que el fructífero y estimulante diálogo que Aníbal Quijano le permitió sostener en todo momento. De la misma forma, expresa su agradecimiento a Rosa Isabel Moreno por su decisiva ayuda en la recolección y preparación de la información estadística utilizada y a Rosa Ma. Domínguez por sus útiles comentarios y observaciones críticas.

LAS TRANSFORMACIONES ESTRUCTURALES

La observación de los cambios experimentados por las sociedades latinoamericanas en las últimas décadas y la interpretación de sus efectos en la estructura de clases y relaciones de poder, han auspiciado y estimulado un variado número de formulaciones y esquemas conceptuales dirigidos a explicar las formas en que se está llevando a cabo la *transición* de las sociedades latinoamericanas hacia la “modernización”.

En lo que toca al análisis del desarrollo, la literatura sociológica especializada ha invertido gran parte de sus esfuerzos en los denominados “aspectos sociales” que actúan como “obstáculos al cambio”, generalmente aquéllos derivados de una estructura agraria y tradicional, o bien como factores dinamizadores de la situación de subdesarrollo: las nuevas élites industrializantes, las nuevas capas intermedias “parcialmente incorporadas”, y las nuevas masas “movilizadas pero no incorporadas” que responden al incremento de la urbanización y de la industrialización.

El desarrollo político y la ampliación del funcionamiento de la democracia, por su vez, resultarán de la correspondencia entre la “movilización” y la “integración”. De acuerdo con Germani, “la primera corresponde al proceso psicológico a través del cual grupos sumergidos en la ‘pasividad’ correspondiente al patrón normativo tradicional (predominio de la *acción prescriptiva* a través del cumplimiento de normas internalizadas), adquieren cierta capacidad de comportamiento *deliberativo*, alcanzan niveles de aspiración distintos de los fijados por ese patrón preexistente, y consiguientemente, en el campo político, llegan a ejercer actividad. Ésta obviamente produce participación, intervención en la vida nacional; pero tal intervención puede darse de muy diferentes maneras, desde movimientos de protesta desorganizados hasta explosiones revolucionarias abiertas, desde expresiones religiosas hasta actividad política desarrollada en el seno de los partidos, con el ejercicio del sufragio, etcétera” —y continúa—: “es con respecto a estas diferentes formas como podemos definir como *integración* una forma particular de intervención de los grupos movilizados: a) por un lado, se lleva a cabo dentro de canales institucionalizados *en virtud del régimen político imperante*; b) por el otro es percibida y experimentada como ‘legítima’ por los

grupos movilizados, debiéndose agregar que en ese sentimiento de legitimidad está también englobado de manera implícita o explícita, consciente o inconsciente, el cuadro institucional global, es decir, el régimen político por un lado, y por otro, por lo menos ciertos valores básicos que aseguran un mínimo de integración (y de consenso, dirá después) en la estructura social”.¹

Si bien conceptos como los apuntados resultan sumamente útiles para el análisis de cierto tipo de transformaciones, la perspectiva adoptada en el presente trabajo no suscribe una buena parte de los supuestos teóricos que tras ellos subyacen. Importa señalar, particularmente, que los términos “tradicional” y “moderno” al igual que muchos otros que expresan situaciones dicotómicas —subdesarrollo-desarrollo, vieja y nueva clase media u obrera, etcétera— implican el reconocimiento de una “sociedad dual”, esto es, de dos estructuras perfectamente diferenciadas al interior de los países en los cuales el proceso de desarrollo está determinado por la capacidad para acelerar o retardar —según predomine una u otra de las estructuras— el paso hacia “etapas” superiores y la llegada al *take-off* rostowiano.²

Esta concepción es tan engañosa como equívoca. En primer lugar, porque si bien existen polos de crecimiento que contrastan en los diversos índices socioeconómicos y los desequilibrios regionales llegan a ser sumamente pronunciados, se trata de una situación estructural en la que, ambos polos, además de ser producto de un único proceso histórico, forman parte de una sola sociedad global, en la que sus regiones atrasadas hacen las veces de colonias internas que evidencian, no dos sociedades, sino una sola caracterizada por la existencia de lo que en una mejor expresión se ha denominado *colonialismo interno*.³

En segundo lugar, las transformaciones estructurales de América Latina y con ellas sus procesos de desarrollo económico y político, no pueden ser interpretadas correctamente a partir de un modelo o patrón inspirado en la experiencia occidental de los países de desarrollo originario, modelo dentro del cual, las peculiares situaciones estructurales del proceso latinoamericano son superficialmente remitidas a un problema de “desviaciones” (*deviant case*) en vez de comprendidas a partir de sus determinantes históricos. Se pasa por alto, en esta concepción, un determinante histórico fundamental que condiciona dos tipos de procesos diferentes; esto es, el hecho de que el desarrollo industrial de los países actualmente desarrollados se llevó a cabo en forma autónoma en tanto que el de aquellos que hoy se esfuerzan por lograrlo lo hacen dentro de una situación de *dependencia* a partir de su posición periférica en el actual contexto internacional.⁴

Finalmente, los cambios en la composición de la población económica-

mente activa, parcialmente debidos al proceso de desarrollo económico, y el surgimiento y proliferación de ocupaciones “intermedias” en cuanto a su nivel de ingreso, capacidad de consumo y prestigio social, han sido también considerados como un signo inequívoco de progreso y alivio de las tensiones sociales. De esta consideración han derivado por lo menos dos proposiciones que, aunadas a las anteriormente comentadas, completan lo que a juicio de la teoría del tradicionalismo-modernismo constituyen los elementos básicos de explicación de la actual realidad latinoamericana.

La primera de estas proposiciones, tal vez una de las más difundidas, dice respecto al “papel histórico” que las “nuevas clases medias” urbanas, nacionalistas, progresistas, emprendedoras y dinámicas, desempeñan —y han de hacerlo en el futuro— en el proceso de desarrollo económico. Incluso en autores cuyas críticas a estos sectores medios han llegado a ser incisivas, pueden hallarse expresiones en las que se juzga que “el futuro se abre lleno de promesas a la acción de esos sectores medios”; que su fuerza económica les impone un importante papel político que jugar si a su voz se añade sobre todo la de la alta burocracia, y que en su experiencia política han aprendido valiosas lecciones en el arte del *compromiso*.⁵

La segunda proposición sugiere el desarrollo de la democracia política, que al estar basada en una “sociedad de clase media” en la que los extremos alto y bajo de la pirámide social han perdido importancia económica y numérica, respectivamente, aliviará las tensiones y hará desaparecer las desigualdades económicas.

Pasando por alto las vaguedades y ambigüedades que acompañan al concepto “clase media”, tanto como el que con frecuencia no sea sino un eufemismo para esquivar el empleo de categorías como “clase dominante” o “clase dirigente”, resulta muy aventurado el suponer que en América Latina han sido y son estos grupos los sostenedores y principales promotores del desarrollo. De hecho, la experiencia histórica apunta en otro sentido. Así por ejemplo, la conocida contradicción entre el escaso crecimiento económico y en ocasiones el patente estancamiento coexistiendo con elevados índices de desarrollo sociocultural y amplias clases medias en países como la Argentina y Chile en los últimos años, contrasta con la situación inversa en países como México y Brasil, en los que pese a que cuentan con valores inferiores en los índices de progreso cultural respecto a los dos primeros países, además de poseer una “clase media” menos numerosa, han experimentado un fuerte impulso en sus tasas de crecimiento.

A partir de este solo hecho, podrían afirmarse por lo menos dos cuestiones: 1) la existencia y ampliación de los sectores medios de la sociedad

no constituye *per se* un factor de desarrollo económico, de donde, 2) su acción, como la de los otros grupos y clases sociales, debe ser interpretada en función del tipo específico de estructuras sociales en las cuales actúan y a las cuales refieren su comportamiento. En efecto, Hoselitz ha llamado la atención en este sentido al subrayar, a propósito de los países antes mencionados, que “el factor decisivo no es el tamaño relativo de la clase media, sino la naturaleza de su composición y el papel que representa de modo efectivo —y concluye—: . . . en una economía cuyo desarrollo económico depende en gran medida sobre la decisión privada, cuando a las clases superiores les interesa sobre todo el consumo ostensorio y a las clases medias más que el aumento del dividendo social, les preocupa ante todo su redistribución en beneficio de sus miembros, tiene que fallar el logro del desarrollo económico en su máxima forma posible”.⁶

Enfatizando otros aspectos de orden económico —estrechez del mercado interno, escasez de divisas, etcétera— Jorge Ahumada atribuyó parte de la explicación a un problema en la política de sustitución de los bienes duraderos, de consumo y de capital, que no fue dable ni en Chile ni en la Argentina.⁷ En cualquier caso, no parece posible apoyar hipótesis que, al asignar a las clases medias características que no han tenido, parecen provenir, no del análisis histórico del proceso latinoamericano y de la observación cuidadosa de sus rasgos estructurales, sino de la generalización acrítica de las formas asumidas por estos procesos y el papel que en ellos desempeñaron los grupos y clases sociales, en los países actualmente desarrollados.

Por el contrario, las clases medias latinoamericanas son el producto de un proceso distinto, en el que a diferencia de sus “congéneres” de los países industrializados, no han sido sino sólo muy escasamente generados por un desarrollo industrial y sí, en cambio, por un sector terciario que las más de las veces tampoco ha sido inducido por el crecimiento industrial, sino que se le adelanta, por su crecimiento apresurado, y originado en la absorción de amplios contingentes de mano de obra proveniente del campo y de los pequeños y medianos centros urbanos. Si, además, se tiene presente el fuerte subempleo de este sector por la cantidad de ocupaciones ínfimamente productivas y a tiempo parcial que acumula, resulta claro entonces, que ni el crecimiento de este sector ni el de los estratos medios son garantía de desarrollo.

Finalmente, la supuesta ampliación de la “democracia de clase media” parece igualmente dudosa. El incremento relativo de estratos de población con ingresos “medios”, en ocupaciones de prestigio también “medio” y que requieren asimismo una educación “media”, no significa que las desigualdades económicas y sociales en la sociedad hayan desaparecido. Aún en aquellos países en los que un mayor número de sectores sociales

han sido incorporados a la lucha cívica —en su mayoría los estratos medios y obreros organizados— se trata más de una participación formal que real en donde difícilmente se encuentran expresados los intereses económicos y políticos de las clases. La acción sindical desarrollada es un buen ejemplo para ilustrar no una política de cambios sino una política de negociación y compensaciones, de reivindicaciones profesionales, orientada hacia la integración política, y que reduce la importancia de las ideologías en su enfrentamiento a las instituciones políticas existentes.⁸ Por lo demás, en América Latina en su conjunto el crecimiento de los estratos de ingresos bajos sigue siendo mucho mayor que el de los estratos intermedios, por lo que “pese a la ‘clase media’ —y en parte debido a ella— la desigualdad económica va en aumento en América Latina”.⁹

Rodolfo Stavenhagen ha sumariado sus opiniones sobre las clases medias latinoamericanas de la siguiente manera: los sectores que integran la “clase media” en su sentido estricto, pequeños y medianos propietarios agrícolas, comerciantes, funcionarios, pequeños empresarios, artesanos, profesionistas de diversa índole, etcétera (es decir, que trabajan por su cuenta o que reciben un salario por trabajos no manuales) no tienen las características que se les atribuye. Dependen económica y socialmente de los estratos altos, están ligados políticamente a la clase dominante, son conservadores en sus gustos y opiniones, defensores del *statu quo*, y sólo buscan privilegios individuales. Como clase, se han enriquecido más en América Latina mediante la especulación y la corrupción que con el trabajo. Lejos de ser nacionalistas, se aferran a todo lo extranjero: desde la ropa importada hasta *Selecciones*. Si bien son reclutados entre los estratos bajos, su bienestar económico y social está vinculado al de la alta burguesía y al de la oligarquía terrateniente... Por lo tanto, constituyen fiel reflejo de la clase dominante, se benefician igualmente de la situación de colonialismo interno. Constituyen la principal masa de apoyo de las dictaduras en América Latina.¹⁰

Estas imágenes que de las clases medias dan algunos autores, son poco alentadoras y contrastan manifiestamente con el diagnóstico optimista de muchos otros. Lo que parece efectivo, sin embargo —y como quiera que se interprete—, es el hecho de que hasta ahora, ni han significado la apertura hacia la “sociedad industrial de masas” ni han logrado objetivarse en la estructura de poder como una *clase* política e ideológicamente definida en forma independiente. Por las características de su formación y la posición que ocupan en los valores relativos de distintos índices, han sido visualizadas como “estratos intermedios” cuyos comportamientos y actitudes, nivel de aspiraciones y patrones de consumo tipifican un cierto tipo de existencia pero no los define como clases *reales*.¹¹

Hasta ahora, se ha intentado desarrollar lo que en opinión del autor constituye una discusión básica y necesaria para la comprensión de la perspectiva teórica adoptada en este trabajo y para afirmar explícitamente los criterios con los cuales las distintas interpretaciones de los “hechos” por analizar deben ser consecuentes. Se piensa que, si bien las distintas perspectivas pueden resultar útiles, ellas se sitúan en diferentes niveles de análisis, tienen un distinto alcance explicativo y, consecuentemente, llevan a interpretaciones que también difieren. Existen, por supuesto, problemas de *integración* teórica y metodológica, a los que aquí no se ha intentado dar respuesta aun cuando se han tenido presentes.

Tal vez convenga adelantar, muy a propósito del tema que nos ocupa, que al contrario de la impresión que frecuentemente queda cuando se analiza la evolución latinoamericana bajo el enfoque de los “obstáculos al cambio”, se piensa que en el transcurso de las últimas décadas América Latina ha experimentado cambios estructurales de una gran significación si bien muchos de estos cambios alternan con aspectos e instituciones que o han permanecido inmutables o se han ido transformando de manera mucho más lenta. Los cambios habidos y su alternancia con la inmovilidad y el estatismo de ciertos aspectos básicos de la sociedad, son concebidos como una situación estructural en la que es dable y pertinente interpretar la ocurrencia de ciertos hechos, que como las formas de comportamiento político, son expresión y resultado de la presencia de estos cambios, tanto como de su ausencia.

Las transformaciones ocurridas pueden percibirse claramente a través de dos procesos que tienen especial relevancia en este trabajo y que se han expresado en la modificación de la estructura ocupacional y en el proceso de urbanización. El primero se analiza en relación con el desarrollo industrial y el segundo en relación con las modificaciones ocurridas en el sistema de estratificación. Se trata, por supuesto, de meras distinciones analíticas.

1. *La estructura ocupacional y el desarrollo industrial*

Un breve análisis de la evolución industrial y de los cambios operados en la composición de la población económicamente activa en los últimos períodos permitirá dejar en claro, que si bien éstos han sido muchos e incluso sumamente intensos en algunos años, las formas que han asumido y los efectos que han ejercido difieren notablemente de la experiencia de los países centrales.

Bajo el impacto de la Primera Guerra Mundial y de la crisis internacional de 1929, las economías latinoamericanas en su conjunto cambiaron la dirección de su proceso de desarrollo orientándolo a un crecimiento

“hacia adentro” caracterizado por la sustitución de importaciones, un estricto control de las divisas y la incorporación a las actividades industriales de un importante contingente de obreros procedentes de las faenas mineras y agrícolas paralizadas por la crisis del sector exportador. Si bien en los diferentes países no existió la misma capacidad de reacción por parte de los sectores internos que podían reemplazar el papel hasta entonces desempeñado por las fuerzas expansivas externas, la nueva situación abrió a la región una posibilidad coyuntural para impulsar su desarrollo industrial y lograr una modificación relativa de los términos de su dependencia.

Una cantidad considerable de capital comercial, extranjero y nacional, fue invertido en nuevas empresas industriales y gran proporción de las utilidades fueron reinvertidas en la actividad fabril debido a que el control de divisas limitaba su envío al exterior.

Evidentemente, el papel desempeñado por el Estado en esta etapa del proceso consistió además, en la creación de industrias básicas y obras de infraestructura, conforme el nuevo proceso avanzaba haciendo frente a la escasez de capital y a la inexperiencia técnica y en la creación de un marco institucional adecuado para estimular la inversión privada en las actividades productivas a través de medidas de política general como el otorgamiento de facilidades para la instalación de unidades industriales, exención de impuestos, etcétera.

Esta política de industrialización deliberada se tradujo, en el caso de Chile, en la creación por parte del Estado, en 1939, de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO), organismo destinado a la creación, financiamiento y programación de industrias básicas y que marca, a la vez, una nueva etapa de la intervención estatal en favor de la industrialización.¹²

A partir de 1939, a consecuencia del segundo conflicto bélico mundial, el proceso de sustitución pasó de la zona “primaria” a la de productos intermedios, y en ciertos casos a la de bienes de capital, dada la necesidad de abastecer a la población de diversos productos manufacturados que hasta ese momento habían sido importados.

Los resultados obtenidos por este impulso de la industrialización quedaron expresados en la tasa de crecimiento de la producción manufacturera chilena que alcanzó, en el periodo 1941-1946, el elevado promedio de 11% anual.¹³

Sin embargo, al pasar los efectos de la crisis de 1929 y al término de la Segunda Guerra Mundial, el proceso de fácil sustitución de importaciones se hallaba parcialmente agotado y la industrialización entró en un nuevo período. Su tasa anual de crecimiento descendió, del 11% apuntado, a un promedio anual de sólo 1.8% en el período 1946-1951. Aun

cuando se registraron innovaciones de orden interno —la industria siderúrgica de Huachipato en 1950 y la refinería de Concón en 1954— que contribuyeron a elevar la tasa de expansión anual a un 4.7% en el período 1949-1956, la actividad manufacturera y la economía chilena en su conjunto han ido declinando progresivamente: los niveles del producto geográfico bruto de los años 1962 y 1963, a precios de mercado fueron sólo en un 18% superiores a los registrados en 1957 y la tasa de crecimiento para el período que va de 1957 a 1963 fue de sólo 2.8% anual.¹⁴

En forma paralela al proceso descrito, y bajo el influjo de la urbanización, la composición de la población económicamente activa ha experimentado una redistribución sectorial cuyo rasgo distintivo ha sido el de la incorporación creciente de la fuerza de trabajo al conjunto de actividades no agrícolas con la consecuente disminución de la importancia relativa de las ocupaciones primarias. El cuadro 1 permite apreciar esta tendencia registrada en América Latina desde 1925.

CUADRO 1

CAMBIOS EN LA POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA
AMÉRICA LATINA, 1925-1962

(Porcentajes) ¹⁵

<i>Población</i>	1925	1950	1955	1960	1962
Agrícola	61.3	53.1	50.0	47.3	46.1
No agrícola	38.7	46.9	50.0	52.7	53.9
	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
	(32.743)*	(53.130)	(60.160)	(68.201)	(72.060)

FUENTE: Slawinski, Z., "Los cambios estructurales del empleo en el desarrollo de América Latina", en *Boletín Económico de América Latina*, vol. x, núm. 2, octubre, 1965, p. 161.

En Chile, la misma tendencia ha registrado, para 1940, 56.9%; para 1952, 63.9% y para 1960, 66.2%. El predominio de las actividades no agrícolas parece entonces evidente.

Es importante observar, sin embargo, que esta tendencia no ha tenido, vista a través del tiempo, las características que tipificaron a las mismas modificaciones ocurridas en los países centrales. Por el contrario, la pérdida de fuerza de trabajo en la agricultura ha sido y está siendo absorbida no por un sector industrial dinámico y generador de altos ingresos,

* Miles de personas.

sino por un sector terciario que crece apresuradamente ocultando múltiples formas de desempleo. En algunos países esta tendencia ha venido incluso acentuándose. En Chile, la población ocupada en la industria manufacturera aumentó entre 1940 y 1960 en 115,800 personas, lo que significa un crecimiento medio anual de 5 790. No obstante, este crecimiento fue muy superior en el periodo 1940-1952, con 9 333 personas, al de 1952-1960, con sólo 473.

El cuadro 2 ilustra de manera muy clara las diferencias existentes entre las estructuras ocupacionales de los países periféricos y centrales.

CUADRO 2

LA ESTRUCTURA OCUPACIONAL DE TRES PAÍSES LATINOAMERICANOS (1960) EN COMPARACIÓN CON OTROS YA INDUSTRIALIZADOS Y EN PROCESO DE INDUSTRIALIZACIÓN ¹⁶

<i>Países</i>	<i>Años</i>	<i>Primario</i>	<i>Secundario</i>	<i>Terciario</i>
Argentina	1960	22	21	57
Chile	1960	25	17	58
Venezuela	1960	32	17	56
Francia	1954	28	37	35
Estados Unidos	1900	38	27	35
Alemania	1929	30	41	29
Grecia	1940	29	36	35

FUENTE: CEPAL, Simposio Latinoamericano de Industrialización, *El proceso de industrialización en América Latina*, Santiago, 1966, pp. 11 y 13.

La absorción acelerada que las actividades terciarias hacen de la mano de obra, indica un debilitamiento de la industria manufacturera como fuente masiva de empleo. Este debilitamiento, sobre todo entre 1952 y 1960, puede apreciarse en el cuadro 3.

CUADRO 3

CHILE: POBLACIÓN INDUSTRIAL SEGÚN LOS CENSOS DE POBLACIÓN

	<i>1930</i>	<i>1940</i>	<i>1952</i>	<i>1960</i>
Por cada 1 000 personas de la población total del país	48	53	66	55
Por cada 1 000 personas de la población activa	157	154	197	181

FUENTE: CEPAL, *El desarrollo industrial de América Latina: Chile*, p. 14.

No parece haber duda entonces, de que la reducción de las actividades agrícolas desplazan una cantidad de mano de obra considerable, que se concentra en las ocupaciones urbanas del sector terciario. Dado el importante desempleo y subempleo en él registrado, la aparición de amplios sectores marginales en las principales ciudades latinoamericanas se ha hecho presente en forma patética.¹⁷ A su formación ha contribuido, sin duda, el proceso de urbanización. Si bien son “masas movilizadas”, puestas en disponibilidad, las características de su formación como sectores populares y su relativo aislamiento del proceso productivo, son elementos que necesariamente deben ser tomados en cuenta antes de lanzar hipótesis referidas a su comportamiento político y a su acción de “clase”. Si se ha de atribuir al desarrollo económico y a la industrialización cierta responsabilidad en la explicación del radicalismo político de izquierda es preciso saber qué tipo de desarrollo industrial y qué tipo de actores se han estado formando en América Latina.

2. *Urbanización y estratificación social*

2.1 *Urbanización*

Al analizar las formas que el proceso de urbanización latinoamericano ha asumido en las décadas más recientes, así como el propio carácter de su origen y desenvolvimiento dependiente, no queda menos sino reconocer que ni aun en su sola expresión ecológico-demográfica responde al “modelo clásico” de crecimiento urbano. Postergando por ahora la discusión sobre la insuficiencia de la sola dimensión poblacional para aprehenderlo e interpretarlo en términos sociológicos, los párrafos que siguen intentan destacar algunos rasgos sobresalientes de la concentración y crecimiento de la población urbana, así como de los cambios cuantitativos registrados en los sectores medios de la sociedad.

Hacia 1920, la población total de América Latina ascendía a 84 488 000 habitantes, misma que para 1960 había alcanzado la cifra aproximada, según estimaciones no oficiales, de 199 463 000. Su tasa anual de crecimiento ha ido siempre en aumento y en forma acelerada. El cuadro 4 permite apreciar esta tendencia.

CUADRO 4

AMÉRICA LATINA: CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN
1920 - 1955

Año	Población a mediados de año	Índice de crecimiento	Tasa anual de crecimiento
1920	84 488 000	100	
1925	93 386 000	110	1.99
1930	103 051 000	122	
1935	112 846 000	134	1.86
1940	123 876 000	147	
1945	138 182 000	163	2.17
1950	155 338 000	184	
1955	175 036 000	207	2.43

FUENTE: ILPES, *Antecedentes cuantitativos referentes al desarrollo de América Latina*, vol. I, Santiago, 1966, p. 17.

Si se observa este crecimiento en términos diferenciales, puede notarse que la importancia de la población urbana (población en localidades de 2 000 y más habitantes) respecto a la rural se ha incrementado en forma notable. Así por ejemplo, aunque con cifras no enteramente comparables, la población rural ha disminuido desde un 70.5% en 1925 hasta un 52.6% en 1962, en tanto que la urbana aumentó de 29.5% a 47.4% en los mismos años. Este crecimiento, acelerado durante el período de sustitución de importaciones, ha continuado un desarrollo sistemático que con frecuencia ocurre al margen de la industrialización.¹⁸

Lejos de ser una excepción, Chile contribuye en forma importante al crecimiento urbano de la región. Desde el punto de vista de las comparaciones internacionales, su grado de urbanización lo coloca en un lugar prominente. De acuerdo con un criterio común (5 000 y más habitantes) Chile se coloca en segundo lugar, inmediatamente después de Argentina y antes de Venezuela, México, Colombia y Brasil, según datos para 1952. Además supera los grados de urbanización (ecológico-demográfica claro está) de Francia, Austria, Suiza, Suecia, Canadá y Checoslovaquia.¹⁹

La evolución del grado de urbanización de su población se aprecia en el cuadro 5 en donde destaca la importancia de los años que van entre 1940 y 1952.

CUADRO 5

CHILE: EVOLUCIÓN DEL GRADO DE URBANIZACIÓN
1907 - 1952

<i>Año del censo</i>	<i>Grado de urbanización</i>	<i>Duración del periodo</i>	<i>Crecimiento</i>
1907	43.2	—	—
1920	46.4	13 años	3.2
1930	49.4	10 años	3.0
1940	52.5	10 años	3.1
1952	60.2	12 años	7.7

FUENTE: Dorselaer, Jacques, *op. cit.*, p. 2.

Por otra parte, ha ido ocurriendo un proceso paralelo en la “urbanización de su economía”, que, si bien no es indicativa de desarrollo económico por la fuerte concentración de ocupaciones no agrícolas en actividades poco productivas del sector-servicios, incide en la urbanización de una sociedad que ha tendido a concentrar a su población. Entre 1925 y 1960, mediando el año de 1950, la población económicamente activa no agrícola de Chile ha pasado del 63% al 70% y 75% respectivamente. En otras palabras, el país ha ido urbanizándose, tanto en su población como en el aspecto ocupacional de su economía, dentro del curso de un proceso histórico cuyo carácter dependiente²⁰ ha contribuido a evitar un proceso más armonioso entre la urbanización y el desarrollo económico. Según ciertos esquemas comparativos, por ejemplo, el nivel de urbanización de Chile corresponde a un ingreso *per capita* de aproximadamente 1,600 Dlls., no obstante que el cálculo real para 1957 fue de sólo 380 Dlls. Para este ingreso el nivel “normal” de urbanización debiera haber sido de 22% o, a *grosso modo*, de la mitad de la cifra real.²¹

De esta manera, la urbanización latinoamericana no puede ser explicada por el desarrollo económico ni por el desenvolvimiento industrial internos, pues no sólo les ha antecedido históricamente sino que incluso ha tendido a continuar aunque se detenga el desarrollo, como en distintos trabajos ha sido mostrado.²² Ello, no obstante que las áreas más urbanizadas dentro de cada país coincidan con las áreas más industrializadas como consecuencia de la concentración y centralización de la población y el desarrollo en unas cuantas “capitales regionales” que caracterizan la forma de crecimiento de los países de la región. Durante el periodo

colonial el florecimiento de ciertas ciudades fue acentuado por ser la sede de importantes funciones políticas y administrativas o importantes rutas comerciales y de envío de remesas a las metrópolis. Más tarde, con el rompimiento del “pacto colonial” y la constitución de los nuevos Estados nacionales, las relaciones de dependencia fueron modificadas pero no canceladas. La urbanización ha seguido evolucionando en base a núcleos dominantes o “ciudades primate”²³ de antigua y nueva creación.

Igualmente, el impacto regional o espacial del desarrollo industrial y de la urbanización en las últimas décadas, tendió a seguir las pautas de distribución que se derivan de la estructura preexistente; esto es, “desde el momento que esta industrialización es básicamente un esfuerzo de sustitución de importaciones, o sea de industria ligera y orientada fundamentalmente hacia el mercado, la industria tiende a concentrarse en torno a las ciudades principales creadas en el periodo de desarrollo anterior. En ello influye no sólo la existencia de mercados importantes en esas ciudades, sino también el hecho ya mencionado de una infraestructura orientada no tanto a integrar el espacio económico nacional sino a conectar los sectores productores de exportación con el resto del mundo”²⁴.

2.2 *Las denominadas clases medias*²⁵

Este tipo de desarrollo urbano “sin industrialización” —aunque no anterior ni marginal a la industrialización de los países centrales—, debido parcial pero significativamente al proceso migratorio, con cada vez un mayor número de ocupaciones terciarias y altamente concentrada, ha contribuido decisivamente a alterar el sistema de estratificación y la estructura de clases de la sociedad latinoamericana, no sólo porque refuerza el crecimiento de los sectores populares, ubicando a los nuevos migrantes en los niveles inferiores, sino también porque al alterar la estructura de las ocupaciones contribuye a incrementar el número de ocupantes de los estratos medios al ser “empujados” a éstos muchos de los individuos de antigua residencia.²⁶

A pesar de las reservas inherentes a la bondad de la información disponible, existen ciertos datos indicativos de la magnitud y el ritmo de cambio ocurrido. Así, los estratos ocupacionales medios (incluyendo los altos, cuyo reducido por ciento no afecta las estimaciones) en la Argentina aumentaron de un 11% en 1870 a un 36% en 1950; en Brasil, de un 8% a un 17% y en México, de un 9% en 1895 a un 17% en 1940.²⁷ En este último país y en base en 100 centros urbanos de pequeño y mediano tamaño estudiados por el autor de este escrito, Reyna, Villa y Albrechtsen han registrado una evolución de los estratos medios

que siendo del orden de 8.28% en 1900, aumentaron a 17.51% en 1940 y a 22.94% en 1960.²⁸ En Chile, los estratos ocupacionales no manuales pasaron, excluyendo el renglón “servicios” y “no especificados” del total de la población activa, de 20.7% en 1950 a 31.27% en 1960; y en Venezuela, de 16.3% a 33.23%.²⁹

Estos datos son suficientes para convencernos de la importancia numérica que han adquirido los estratos medios en América Latina. Cuál es su importancia efectiva y cuáles las características concretas de su comportamiento en los distintos países es más difícil de precisar pues faltan todavía investigaciones conclusivas al respecto. Los pocos indicios de que se dispone no parecen conferirles, sin embargo, aquellos atributos de agresividad y orientación desarrollista que se han señalado —retomando a Hoselitz— para las clases medias europeas y norteamericanas en el periodo de expansión del capitalismo. Hoy sin embargo, la viabilidad del capitalismo y de la democracia parlamentaria en América Latina se hace depender parcialmente de lo que sean sus clases medias, aunque también debiera postularse —como lo ha anotado Jorge Graciarrena— que lo que serán las clases medias depende de la viabilidad y de las características que asuma el capitalismo.³⁰ Desde este punto de vista —en el que por fuerza se abandona a Hoselitz— la cuestión ya no consiste en la determinación funcional de las clases medias, en el establecimiento de paralelismos y divergencias con la evolución capitalista “clásica”, ni en la capacidad de flexibilidad mostrada por las instituciones “tradicionales” para adaptarse a nuevos cambios, sino más bien en saber si las clases medias latinoamericanas pueden o no “contribuir a la promoción de un tipo de desarrollo distinto del capitalismo”.³¹

Ningún tipo de respuesta podría ser categórica. Aun cuando en países como Chile ciertos grupos de clase media han colaborado al incremento registrado en la votación de plataformas que propugnan el cambio y aun cuando estos mismos grupos de clase media han llegado a formular proposiciones sobre “la vía no capitalista de desarrollo”,³² la mayoría de la evidencia disponible parece señalarlas más que como fuerzas de cambio, como “clases sin fisonomía” —según las llama un estudio de la CEPAL—,³³ adiestradas en “el arte del compromiso”, que hoy busca el apoyo popular para su “autopromoción” y ascenso al poder, con orientaciones reformistas y secularizadoras —sobre todo en el campo de la educación—, y mañana se aferra al *statu quo* y a la defensa de las posiciones obtenidas, abandonando la alianza original con las clases populares y obreras.

La interpretación de los movimientos y expresiones de insatisfacción y descontento con el orden establecido abre, bajo estas condiciones, una importante área de investigación para la todavía inédita sociología polí-

tica latinoamericana. De cuál es la capacidad del actual sistema capitalista en formación para mantener las formas de control y determinación de las estructuras sociales latinoamericanas y cuál su capacidad para absorber y canalizar la reacción de las masas “movilizadas y no integradas” habrá que ocuparse en otro momento. Las respuestas que tal tarea exige requerirían estar referidas, no sólo a la determinación pormenorizada de los cambios macroestructurales, sino igualmente a las alteraciones sufridas por la estructura de clases, las relaciones que éstas presentan entre sí y los procesos de concientización que orientan sus comportamientos.

En las secciones que siguen se pondrán en relación varias de las características estructurales apuntadas con el voto por la izquierda radical en Chile. Si bien el comportamiento electoral es apenas un área muy reducida del comportamiento político y si bien es cierto que sólo expresa la parte “institucionalizada” del conflicto, es indicativo de la inquietud y el deseo de importantes grupos de población que están a favor del cambio.³⁴

DESARROLLO ECONÓMICO Y RADICALISMO

Las relaciones entre el desarrollo económico y el radicalismo político de izquierda fueron predichas por Marx y Engels en la mayoría de sus análisis sobre el desarrollo de la sociedad capitalista y la agudización de la lucha de clases. A partir de la contradicción básica entre trabajo y capital de donde resultaba una estructura biclasista de la sociedad, el desarrollo histórico de tal orden productivo estaría dominado por el conflicto de intereses entre los defensores de la posesión de propiedad privada y aquellos otros que exigirían la transformación absoluta de las relaciones de propiedad. Las “capas intermedias”, de las que Marx y Engels se ocuparon muy poco, habrían de acabar por disolverse entre las dos clases fundamentales, burguesía y proletariado, llegado el momento de las definiciones impuesto por la expresión política de las clases en su lucha por el control del Estado y la dirección hegemónica de la sociedad. La progresiva polarización de las clases, el incremento de su radicalismo y homogeneización internas y el fin de la dominación capitalista con el triunfo de la revolución proletaria serían, resumidas groseramente, las tendencias rectoras del desenvolvimiento histórico.³⁵

Muchos cambios ha habido desde entonces y no han sido menos los ensayos e investigaciones que se han escrito, con diversos propósitos, sobre la suerte que la historia deparó a las hipótesis marxistas. En base a ella, se ha dicho mucho sobre sus “equivocaciones” y sus “aciertos”. Este trabajo no se propone ni lo uno ni lo otro, en sentido estricto. Registraremos primero algunos de los hallazgos obtenidos en relación con

la hipótesis marxista —como la denominaremos en adelante— para intentar averiguar luego cuál es el alcance explicativo que los procesos previstos por Marx tienen sobre el radicalismo de izquierda en el actual contexto del desarrollo latinoamericano, con especial referencia a Chile, en donde se analizan las tres últimas elecciones presidenciales de 1952, 1958 y 1964.

Importa aclarar desde ahora dos cosas. Primera, que nuestras hipótesis no son suficientemente inclusivas como para dar cuenta exhaustivamente del voto por la izquierda radical. Numerosos procesos de carácter psicosocial están indisolublemente ligados a las formas de comportamiento y aunque Marx no prestó suficiente atención a ellos es conveniente reconocer la importancia de su papel interviniente.³⁶ Al menos a un nivel empírico —aunque no teórico— sus efectos no han sido controlados.³⁷ Además, la “conciencia de clase”, concepto fundamental de la teoría marxista, desempeña un papel de primer orden que infortunadamente no hemos podido estimar, con la información disponible, ni siquiera de modo indirecto como lo ha sugerido Centers.³⁸ Los problemas de orden técnico que contribuyen a reducir el alcance explicativo de las hipótesis, serán tratados posteriormente. La segunda aclaración es en el sentido de que nuestro análisis no explica el cambio. Aun cuando las teorías en cuestión están dirigidas a la explicación de *procesos*, y son esencialmente históricas, el análisis empírico realizado en este trabajo opera con datos estructurales en tres puntos en el tiempo, realizando comparaciones estáticas (*cross-section*). Sobre esto también volveremos más adelante, en la última sección.

El hecho que más fuertemente ha puesto en evidencia el tropiezo de la hipótesis marxista ha consistido en la capacidad que el sistema capitalista ha demostrado tener para prolongar su existencia en la historia y mantener su posición hegemónica dentro de la situación internacional. Si bien no ha sido cancelada la contradicción entre trabajo y capital, su estructura de clases no ha sido polarizada en dos campos irreconciliables y el antagonismo entre las clases ha llegado a ser relativamente “institucionalizado”.

Este hecho ha sido tratado por Geiger quien ha escrito: “Hablamos de la ‘institucionalización’ de una norma, de una forma de actuación o, más generalmente, de un fenómeno social, cuando este fenómeno inicialmente nuevo e insólito encuentra sólido acomodo en la estructura de una sociedad, adquiriendo así permanencia y quedando regulado por la rutina. Tal desarrollo puede observarse —una vez más como tendencia y no como realización consumada— en el plano de la oposición entre ‘trabajo a salario’ y ‘capital’. La tensión entre capital y trabajo está reconocida como principio estructural del mercado de trabajo y elevada

a la categoría de institución jurídica y social. Las armas, métodos y técnicas de la lucha de clases han sido reconocidos y simultáneamente sometidos a control. La lucha tiene lugar conforme a determinadas reglas de juego. Con ello se ha privado a la lucha de clases de su punta más afilada y transformando aquélla en una relación de tensión entre dos factores de poder que mantienen el equilibrio de la balanza. Capital y trabajo asalariado luchan entre sí, conciertan compromisos, negocian y convienen el nivel de los salarios, la jornada de trabajo y otras condiciones.”³⁹

Al nivel de las relaciones empíricas entre el desarrollo industrial y el voto comunista, Kornhauser ha reportado una correlación de rango de -0.76 para dieciséis países occidentales, sugiriendo que hay una fuerte correlación negativa entre el grado de industrialización y la fuerza comunista, así como entre ésta y el ingreso *per capita* (-0.93).⁴⁰ Por su parte, Lipset ha señalado que la fuerte asociación entre el desarrollo económico y la democracia capitalista, “ha conducido a concluir que el problema político básico de la actualidad está producido por la presión para lograr una industrialización rápida”.⁴¹

La conclusión entonces ha sido que Marx estaba equivocado: en los países capitalistas más desarrollados se revela un apoyo mucho menor a los candidatos y movimientos de izquierda. Los movimientos revolucionarios en cambio, han proliferado y tenido más éxito en países de escaso desarrollo, sin un proletariado industrial significativo y con una estructura productiva y ocupacional en la que su componente agrario tiene todavía un gran peso.

No podemos, dentro de los límites de este trabajo, entrar a discutir las diversas interpretaciones que de estos hechos se han formulado ni hasta dónde ellos niegan, por sí mismos, al marxismo como una teoría científica de la sociedad. Entre otros, Bruno Trentin y Hugo Magri se han ocupado de ello en sus escritos sobre la “ideología del neocapitalismo” y autores como Dahrendorf han ofrecido su versión respecto al tipo de limitaciones que el desenvolvimiento del capitalismo posterior a Marx impuso a sus hipótesis; no ha dejado de referirse tampoco a aquellas críticas que han acabado por ser “refutación sin superación”.

Sin embargo, los datos apuntados muestran algo efectivo: en cuanto a los países occidentales más desarrollados, *la hipótesis marxista clásica* no se ha cumplido hasta ahora.

¿Puede recurrirse entonces a la misma teoría para establecer predicciones relativas a otros contextos? ¿Cuáles son sus posibilidades de verificación en el actual proceso de desarrollo “capitalista-dependiente” de los países latinoamericanos? Una respuesta superficial podría indicar que ninguna. Bajo el enfoque de los “obstáculos al cambio” habría que decir —llevado a su expresión extrema— que dicha teoría se dirige a la

explicación de un proceso de desarrollo y de sus cambios que resulta inútil, aquí y ahora, puesto que casi nada o muy poco ha cambiado. La perspectiva del “crecimiento por etapas” respondería tal vez que a pesar de los progresos registrados no existe nada sospechoso puesto que el mundo subdesarrollado de hoy tiende al establecimiento de una democracia parlamentaria de corte occidental que integrará a las clases sociales y reducirá el conflicto conforme se atravesase un mayor número de “etapas”. Como este conflicto será regulado y normado por las instituciones vigentes, apenas si será una necesidad funcional para la existencia de la democracia. Por tanto, la teoría ha dejado de ser útil para la explicación de los fenómenos sociales del mundo contemporáneo.

Cabe, no obstante, otro tipo de respuestas. Si se mantiene la perspectiva histórica del proceso latinoamericano, se observa, como fue mostrado, que son muchos los cambios que ha habido y que éstos han adoptado una tendencia particular, propia de su especificidad estructural. Es por estas particularidades que ni la industrialización ni la urbanización, ni los cambios a ellos inherentes en la estructura ocupacional y el sistema de estratificación, produjeron todos los resultados que de estos procesos hubieran podido esperarse. En efecto, ni la industrialización logró la “etapa” del crecimiento “autosostenido”, ni la redistribución de la población activa se tradujo en un aumento significativo y constante de la productividad, ni la urbanización ha coincidido con el desarrollo ni, por último, la ampliación numérica de las clases medias ha desempeñado siempre un papel dinamizador del desarrollo y reducido las desigualdades y sí, en cambio, ha auspiciado una política de reajustes constantes en los salarios que, como en el caso de Chile, ha contribuido a limitar la posibilidad de éxito de muchas políticas dirigidas a reducir las tasas de inflación que afectan sobre todo al ya bajo nivel de los sectores populares.⁴²

Pero como en el fondo nuestro propósito no consiste estrictamente en la explicación del desarrollo sino en explicitar sus rasgos fundamentales para lograr una interpretación de sus relaciones con el comportamiento político radical de izquierda, es preciso anotar ahora cómo se han distribuido “sus beneficios” entre las clases o estratos de la sociedad toda vez que, obviamente es este rasgo el que pondrá en evidencia si existe o no una distribución igualitaria de la riqueza social, que minimice el descontento o lo estimule. En este contexto, de transformaciones y desigualdades pronunciadas —como mostraremos— es posible que la hipótesis sugerida por Marx deba ser retomada. Por otra parte, Gláucio A. Dillon Soares hipotetizó y demostró claramente que los resultados obtenidos al hacer comparaciones *entre* países difieren sustantivamente cuando se llevan a cabo *dentro* de los países, esto es, comparando Provincias, Estados, Departamentos o Municipios.⁴³ Sus resultados, que presentaremos

más adelante, dan viabilidad a la hipótesis en cuestión y la metodología por él propuesta, a la que también nos referiremos, abre muchas posibilidades a la exploración de este campo de investigación.

Si se atiende a la distribución del ingreso como un indicador del grado de igualdad o desigualdad que existe en los países, los datos disponibles al respecto muestran que la desigualdad es predominante. En Chile por ejemplo, el 50% de la población con ingresos más bajos percibe sólo el 15.4% del ingreso total; el mismo grupo de población percibe el 19.7% en Brasil, el 17.3% en Venezuela y el 15.5% en México. Por su parte, el 5% de la población con ingresos más altos concentra el 31% del ingreso total en Brasil, el 29% en México y el 35% en Costa Rica (no hay datos para Venezuela y Chile en este intervalo).

Esta distribución contrasta fuertemente con la habida en los países desarrollados. En el Reino Unido, por ejemplo, el 50% de la población de menores ingresos percibe el 25.5% del ingreso total en tanto que en Estados Unidos el mismo grupo obtiene el 23.4%. En estos mismos países, el 5% de la población con ingresos más altos reciben el 16% y 20% del ingreso total, respectivamente.

Estos contrastes pueden apreciarse en el cuadro 6.

CUADRO 6

PORCENTAJE DEL INGRESO TOTAL QUE RECIBEN
DETERMINADOS GRUPOS DE PERCEPTORES

(alrededor de 1960)

<i>País</i>	<i>50% de población con ingresos más bajos</i>	<i>5% de población con ingresos más altos</i>
Chile	15.4	—
Brasil	19.7	31
Venezuela	17.3	—
México	15.5	29
Reino Unido	25.5	16
Estados Unidos	23.4	20

FUENTE: Con base en datos consignados en CEPAL, *Estudios sobre la distribución del ingreso en América Latina*, Caracas, 1967.

Debe notarse, además, que los cambios en el reparto de los ingresos han beneficiado más a los estratos que ya gozaban de un ingreso alto.

Un estudio sobre Chile muestra que agrupados los receptores de ingresos en tres estratos, el inferior ha disminuido su participación en forma sensible mientras el superior la ha aumentado; el estrato medio habiendo disminuido, no lo ha hecho en forma tan acusada. El cuadro 7 ilustra estos hechos.

CUADRO 7

CHILE: CAMBIOS EN LA PARTICIPACIÓN DEL INGRESO POR ESTRATOS DE RECEPTORES

1953-1959

<i>Estrato</i>	1953	1959
Obrero	30.0%	25.5%
Medio	26.4%	25.2%
Patronal	43.6%	49.3%

FUENTE: Con base en datos consignados en Varela, H. *Estratificación social de la población trabajadora en Chile*, Escuela de Economía, Universidad de Chile.

En resumen, si se consideran en conjunto las características apuntadas de una economía con lento crecimiento, en una sociedad que reparte inequitativamente el producto obtenido aumentando la miseria, pero que cuenta en cambio con una superestructura ideológica y cultural que enfatiza la idea de la igualdad y afirma el derecho de los sectores bajos a una participación efectiva, es posible esperar que se generen tensiones sociales y se desarrollen actitudes y comportamientos en favor de los cambios radicales por parte de los grupos más deprimidos económica y socialmente.

En su estudio, Dillon Soares sugiere —siguiendo a Kuznets—⁴⁴ que en las etapas iniciales del desarrollo industrial en los países menos desarrollados, la distribución del ingreso tiende a ser más desigual por el hecho de que “el capital es el factor escaso por excelencia y el trabajo relativamente abundante. Por consiguiente, el capital tiende a ser desproporcionadamente mejor remunerado que el trabajo”.⁴⁵ Debido a este patrón de desarrollo, que acentúa la desigualdad en el ingreso de las sociedades en proceso de industrialización, el radicalismo político puede ser incrementado. No inferimos de aquí, sin embargo, que conforme el proceso avance habrá *necesariamente* un cambio en la relación, pues el hecho de que en los países avanzados así haya ocurrido no es indica-

tivo de que el mismo proceso vaya a repetirse en la América Latina.⁴⁶ Ello supondría, implícitamente la aceptación del denominado “crecimiento por etapas”, perspectiva que se ha abandonado en este trabajo.

Las posiciones que los individuos ocupan dentro de la estructura de clases y los procesos de autoidentificación con unas y otras, constituyen determinantes fundamentales de la orientación política. Considerando la autoidentificación política en relación con la posición ocupacional mantenida, Guillermo Briones reporta que mientras el 58.8% de los grandes empresarios chilenos incluidos en una muestra para la ciudad de Santiago, se identificaron con la derecha, sólo el 26.2% de los obreros tuvo esa misma orientación. La misma situación se evidenció al considerar las cifras de identificación con el bloque político de izquierda: entre los empresarios la cifra correspondiente alcanzó sólo a 11.8% en tanto que entre los obreros fue del 40.7%. El cuadro 8 muestra esta situación.⁴⁷

CUADRO 8

CHILE: IDENTIFICACIÓN POLÍTICA SEGÚN NIVEL SOCIOECONÓMICO

Santiago, 1958

<i>Nivel Socioeconómico</i>	<i>Identificación Política</i>					<i>Total</i>
	<i>Derecha</i>	<i>Centro</i>	<i>Izquierda</i>	<i>Ninguno</i>	<i>No Resp.</i>	
	<i>(Porcentajes)</i>					
I. Grandes empresarios	58.8	23.5	11.8	5.9	—	100(17)
II. Empleados directivos y profesores universitarios	26.0	27.4	31.5	2.7	12.3	100(73)
III. Pequeños empresarios	47.5	31.1	8.2	8.2	4.9	100(61)
Empleados no directivos y profesores no universitarios	33.0	29.6	24.3	2.2	10.9	100(230)
IV. Artesanos y trabajan por cuenta propia	45.2	14.1	23.2	3.4	14.1	100(177)
V. Obreros	26.2	12.8	40.7	—	20.3	100(212)
Servicio	44.1	5.9	20.6	5.9	23.5	100(34)
Sin datos						(3)
	(286)	(165)	(221)	(21)	(114)	807

FUENTE: Briones, G. *op. cit.*, p. 392.

Esta orientación política de las clases populares, en función de su posición en la estructura social, fue prevista por Marx y aquí parece confirmarse. Según el cuadro anterior el 40.7% de la clase obrera se identificó políticamente con la izquierda siendo, de todos los grupos con la misma identificación, el que registró el mayor porcentaje.

A la luz de la teoría y los hechos registrados, parece justificarse el rastrear las predicciones de la hipótesis marxista. De acuerdo con ella, *la correlación entre el desarrollo económico y el radicalismo político de izquierda debe ser positiva*. Procederemos a probar esta hipótesis tomando como unidades las 25 provincias de Chile e intentaremos demostrar que esta relación no sólo es positiva sino también sistemática en tres puntos del tiempo. Nuestra variable dependiente —el radicalismo de izquierda— ha sido operacionalizada a partir de la proporción de votos emitidos por Salvador Allende respecto al número total de sufragios en las elecciones presidenciales de 1952, 1958 y 1964, celebradas en Chile.⁴⁸ Allende fue el candidato de la izquierda en las tres elecciones. En 1952, apoyado por una minoría radical, obtuvo el 5.43% de los votos. En 1958 y 1964, como candidato de una coalición de fuerzas de izquierda en el Frente de Acción Popular (FRAP) integrada por el Partido Socialista del cual es miembro, el Partido Comunista y el Partido Democrático Nacional (PaDeNa), obtuvo el 28.51% y el 38.64% de los votos, respectivamente. Así, el incremento del voto por la izquierda radical en Chile ha ido en aumento como lo muestra el cuadro 9.

CUADRO 9

CHILE: EVOLUCIÓN DEL VOTO POR LA IZQUIERDA RADICAL

1952		1958		1964	
<i>Absolutos</i>	%	<i>Absolutos</i>	%	<i>Absolutos</i>	%
51.975	5.430	356.493	28.511	977.902	38.642
Incrementos absolutos y porcentuales					
1952-1958			1958-1964		
abs	%	Abs	%		
304.518	425.06%	621.409	35.53%		

Nota: La población total votante en cada elección presidencial fue de 957,102 en 1952; 1.250,350 en 1958, y 2.530,697 en 1960, incluyendo los votos nulos y en blanco.

Por su parte nuestra variable independiente —el desarrollo económico— se expresa por la proporción de la población económicamente activa en ocupaciones industriales, respecto a la total, incluyendo el renglón minería. Infortunadamente, la información disponible no permitió tomar en cuenta otros indicadores pues, o los datos no están desagregados por provincias, o existen para un año y no para otro. La evolución de esta variable, como se observa en el cuadro 10, muestra un ligero decremento que coincide con la disminución del ritmo de crecimiento de la votación por la izquierda radical y con el ritmo de crecimiento económico del país consignado en páginas anteriores.

CUADRO 10

CHILE: EVOLUCIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO INDUSTRIAL

1952		1960		<i>Incremento</i>	
				1952	1960
<i>Absolutos</i>	%	<i>Absolutos</i>	%	<i>Absolutos</i>	%
632.862	29.36	674.598	28.23	—41.736	—3.84
Población Activa					
Total:					
2.155.293		2.388.667			

Han sido computados, para las tres elecciones presidenciales, los coeficientes de correlación (“Producto-Momento de Pearson”) entre las variables descritas.⁴⁹ En todos los casos, como lo demuestra el cuadro 11 son positivas. En 1952 fue de .627, en 1958 de .633 y en 1964 de .507. Esto es, las correlaciones que *entre* países han sido negativas, son positivas cuando se computan *dentro* de los países.

CUADRO 11

CHILE: CORRELACIONES ENTRE DESARROLLO ECONÓMICO Y RADICALISMO POLÍTICO

1952		1958		1964	
r	r ²	r	r ²	r	r ²
.627	.3931	.633	.4006	.507	.2570

Estos resultados proporcionan evidencia favorable a la hipótesis. Las correlaciones son positivas y difieren significativamente de cero a un nivel del 1%.⁵⁰ Por lo demás, los valores coinciden prácticamente con los obtenidos por Dillon Soares⁵¹ para el mismo país en 1952 y 1958 y sus correlaciones para Brasil (1947), Costa Rica (1962), Japón (1960) y Venezuela (1958) demuestran que lo mismo ocurre en otros países; es decir, el desarrollo económico se correlaciona positivamente con el radicalismo político de izquierda. Los resultados de Dillón Soares se muestran en el cuadro 12, en el que hemos eliminado las relaciones del radicalismo con la urbanización dado que éstas serán presentadas en la próxima sección y que la urbanización de la población dentro de nuestra perspectiva, no podría ser empleada como un indicador suficientemente válido de desarrollo económico.

CUADRO 12

CORRELACIONES ENTRE VARIOS INDICADORES DE DESARROLLO ECONÓMICO Y COMUNISMO

<i>País y año</i>	<i>Ingreso</i>	<i>Industrialización</i>
Brasil, 1947	.69 ^a	.52 ^b .72 ^c
Chile, 1952		.63 ^d
Chile, 1958		.64 ^d
Venezuela, 1958		.83 ^e .70 ^f

^a Ingreso nominal *per capita*;

^b Renta industrial *per capita*;

^c Porcentaje del producto nacional bruto derivado de la industria;

^d Porcentaje de la población ocupada en industrias manufactureras, minería y canteras;

^e Porcentaje de la fuerza de trabajo fuera de la agricultura, ganadería, caza y pesca;

^f Porcentaje de la fuerza de trabajo en industrias manufactureras.

FUENTE: Dillón Soares, *op. cit.*, p. 554.

Aunque la hipótesis parece estar suficientemente confirmada, si se observan los resultados por el lado de la varianza explicada de la votación por la izquierda radical debida al desarrollo económico así medido, habrá que reconocer que aunque es relativamente satisfactoria hay mu-

chos elementos intervinientes que quedan fuera de esta relación bivariada. En nuestros cómputos, la varianza explicada oscila entre el 39.31% para las elecciones de 1952, el 40.06% para las de 1958 y el 25.70% para las de 1964. En los cómputos de Soares la proporción varía de un 13.7% en Costa Rica, a un 69% en Venezuela.⁵²

Por otra parte, los resultados son consecuentes con la hipótesis en el sentido de que tienen un comportamiento sistemático en los tres puntos de tiempo analizados, aun cuando el coeficiente de correlación obtenido para 1964 es ligeramente inferior al valor de los registrados en 1952 y 1958.

En la explicación de estos hechos han participado situaciones históricas concretas a las que es preciso recurrir en todo intento de interpretación. Hacerlo, significa poner en relación las estructuras socioeconómicas con la superestructura ideológica y política más allá de lo que expresan las relaciones cuantitativas; o mejor, significa incorporar el análisis cuantitativo de los procesos a la estructura social y de poder particular en la cual ocurren. No obstante que tal tarea no pueda ser intentada en este trabajo, es importante subrayar que el comportamiento electoral, como todo hecho social posee significados diferentes no sólo entre distintas sociedades sino también al interior de una misma sociedad a cuya estructura cambiante refieren sus acciones quienes en ella participan.⁵³

Si retomamos entonces nuestras postulaciones teóricas más generales, habría que responder por lo menos a la siguiente pregunta: ¿Cuál es el significado teórico de la hipótesis probada? ¿Significa que el desarrollo económico futuro estará inevitablemente asociado con el desarrollo del radicalismo político? La respuesta es inevitablemente condicional. Los supuestos de los que derivó la hipótesis señalan, explícitamente, que en una sociedad organizada en base a la propiedad privada de los medios de producción, en la que propietarios y asalariados constituyen las dos clases sociales fundamentales sobre las que descansa el sistema, las relaciones entre éstas serán inevitablemente de conflicto, y éste que no es otra cosa sino la lucha política entre las clases, adoptará formas cada vez más violentas y radicales conforme el propio proceso de acumulación capitalista determine la polarización de las clases y con él la creciente conciencia revolucionaria del proletariado. “El cambio en la relación de las clases —que del conflicto surge— constituye el motor del cambio histórico.”⁵⁴

De acuerdo con los supuestos, toda vez que el desarrollo sea de tipo capitalista —o precapitalista—, esto es, siempre que esté basado en la propiedad privada, será acompañado de la radicalización política de las clases y del conflicto.

Dicho esto, podemos intentar responder por nosotros mismos a la pregunta. La respuesta debe ser cuidadosa puesto que implica dos niveles

de análisis distintos: 1) en la medida que el comportamiento político radical es una expresión de conflicto, éste puede estar dirigido a la transformación absoluta *de* la estructura social o al logro de cambios *en* la misma. Evidentemente, Marx hablaba de lo primero. 2) Si es lo primero, los actores *necesarios* son las clases sociales y el contenido de los intereses en conflicto está referido a ellas; si es lo segundo, los actores pueden ser las clases sociales y/o los grupos o estratos.

Por supuesto, estos dos niveles no son excluyentes aunque presentan problemas de integración teórica. Pueden en efecto, concurrir ambas orientaciones del conflicto, pero, en todo caso, el cambio de la relación entre las clases será distinto al cambio de la relación entre estratos o grupos de individuos dentro de ellos. Es pues la movilidad de las clases frente a la movilidad individual o de grupos, con los distintos efectos que una y otra implican.

Por lo tanto, cualquier respuesta definitiva variará según se proceda en uno u otro de los niveles. Pero en cualquiera de ellos, el denominador común consiste en que con una y otra orientación el conflicto no es sino el producto de un orden social en el que las ventajas obtenidas por la sociedad en desarrollo son acumuladas por aquella clase social que detenta el poder económico y político de la sociedad. Si esto es así, podría hipotetizarse, como respuesta última al segundo nivel, que en la medida que el desarrollo económico se acompañe de un incremento de los beneficios *sociales* que genera, tenderá a disminuir el radicalismo. Debe notarse empero, que esta respuesta y su demostración no responden por completo a lo implicado en el primero, toda vez que en él, la mejor distribución de los "beneficios sociales" del desarrollo pueden contribuir a retardar el proceso revolucionario pero no a cancelarlo: la estructura clasista se mantiene y con ella el conflicto.

Con esta limitación, se intentará probar que el radicalismo político de izquierda se correlaciona inversamente con distintos indicadores de bienestar o desarrollo social; esto es, que *a mayor desarrollo social menor radicalismo*. Por lo tanto, se espera que los coeficientes de correlación entre ambos sean negativos.

Al efecto, han sido operacionalizados cuatro indicadores de desarrollo social: 1) La proporción de población alfabeta; 2) la proporción de población con educación primaria; 3) la razón de estratos ocupacionales medios y altos fuera de la agricultura respecto a los estados ocupacionales bajos en actividades urbanas, y 4) la proporción de sufragios femeninos respecto al total de votos emitidos.⁵⁵

De las 12 correlaciones obtenidas, 6 apuntan en dirección inversa a nuestra hipótesis, es decir, son positivas y una más aunque con signo negativo, es prácticamente cero. En consecuencia, hay un total de 7 fra-

casos de entre 12 predicciones. En 1952, la correlación entre radicalismo y alfabetismo es de .322 y entre aquél y la población con educación primaria de .159. Para 1958 estas mismas correlaciones alcanzan coeficientes de .404 y .341, respectivamente y en 1964 los coeficientes son prácticamente iguales a cero. Así, la educación en conjunto, aunque muestra una tendencia decreciente, rechazaría nuestra hipótesis al asociarse positivamente con el radicalismo.

Respecto a los otros dos indicadores, los resultados apoyan nuestra hipótesis aunque para 1964 el voto femenino, si bien casi no muestra relación con el radicalismo, pasa a tener signo positivo.

Antes de buscar la interpretación de estos resultados y la explicación al hecho de que algunos contraríen nuestra hipótesis, vale la pena reflexionar un poco. Por un lado, se sabe, como fue demostrado en párrafos anteriores, que el desarrollo económico se correlaciona positivamente con el radicalismo. Pero por otro, se sabe también que el desarrollo económico mantiene relaciones positivas con el desarrollo social. Por ejemplo, su correlación con el alfabetismo es de .759 en 1952 y de .740 en 1960 y con la educación primaria en 1952 lo es de .500. ¿No están entonces las correlaciones entre desarrollo social y radicalismo influidas por el desarrollo económico? Debe pensarse que sí. Dado que ambas variables mantienen relaciones compartidas con el desarrollo económico, es posible que las relaciones originales sean espurias.

Para demostrarlo puede recurrirse al método de "correlación parcial", término que designa la correlación entre dos variables cualesquiera cuando los efectos de otras variables se han controlado. Los resultados de esta prueba pueden observarse en el cuadro 13.

CUADRO 13

CORRELACIONES SIMPLES Y PARCIALES ENTRE RADICALISMO
POLÍTICO Y DESARROLLO SOCIAL CONTROLANDO
EL EFECTO DEL DESARROLLO ECONÓMICO

<i>Variable independiente</i>	<i>Simples</i>			<i>Parciales</i>		
	1952	1958	1964	1952	1958	1964
Alfabetismo	.322	.404	.067	-.27	-.14	-.53
Educación primaria	.159	.341	-.079	-.22	.03	.32
Estratos medios	-.352	-.546	-.345	-.12	-.46	-.21
Voto femenino	-.407	-.456	.016	-.23	-.30	-.64

Nota: En todos los casos se ha controlado el porcentaje de la población activa en la industria, incluyendo minas y canteras.

Los resultados favorecen considerablemente a nuestra hipótesis. Al neutralizar el efecto del desarrollo económico, todas las relaciones entre el radicalismo y el desarrollo social, a excepción de dos, son negativas. Las que originalmente tenían signo negativo lo conservaron y las que eran positivas lo invirtieron. Dentro de las muchas observaciones que el cuadro sugiere, tal vez las más interesantes son el comportamiento de la educación y el voto femenino en 1964, ya que el caso de la educación en 1958 si bien no cambió de signo, la correlación pasó de .341 a prácticamente cero (.03). En cambio en 1964, al neutralizar el efecto del desarrollo económico la correlación cambia de $-.079$ a $.32$. Esta interpretación no es sencilla y habría que explorar detenidamente los hechos que en la elección de ese año pudieron haber contribuido a asociar esta variable con el radicalismo. Por su parte, el voto femenino se asoció, efectuado el control, muy fuertemente y en sentido negativo con el radicalismo. En su explicación puede participar el hecho, no sólo de que en general el voto femenino tiende a orientarse en forma más conservadora⁵⁶ sino también la activa participación que el Partido Demócrata Cristiano promovió entre el sector femenino incorporándolo en cargos de representación y organización de su campaña electoral.

Nuestras conclusiones hasta ahora son que el desarrollo económico se correlaciona positivamente con el radicalismo de izquierda, en comparaciones intranacionales, y que el desarrollo social lo hace negativamente si se controla el efecto del desarrollo económico.

El procedimiento metodológico que hemos seguido ha sido el sugerido por Dillon Soares⁵⁷ con resultados sistemáticamente favorables para los años analizados. Ellos refuerzan los obtenidos por Soares y señalan como fructífera esta línea de investigación basada en lo que el autor citado ha denominado "teoría del hiato", porque "explica el radicalismo político a través del hiato entre el desarrollo económico y el desarrollo social".⁵⁸

En la siguiente sección intentaremos sistematizar alguna de la información disponible sobre las relaciones de la urbanización con el radicalismo político.

URBANIZACIÓN Y RADICALISMO

El proceso de urbanización en Latinoamérica, concebido como un fenómeno multidimensional, ha sido una de las principales expresiones del proceso general de cambio de nuestras sociedades.⁵⁹ Como proceso, no solamente ha alterado el orden ecológico-demográfico, modificando los sectores urbanos ya existentes y alterando las relaciones urbano-rurales, sino que, igualmente, sus tendencias han sido expresadas al interior de los diversos órdenes analíticamente distinguibles en la estruc-

tura de la sociedad global: su sistema de diferenciación social, sus instituciones culturales, su organización económica y su ordenación política.

Aunque generalmente la atención dada al fenómeno ha sido concentrada en su dimensión poblacional, en el presente trabajo se considera que ella es por sí sola insuficiente para entender el proceso e interpretar sus efectos. Si bien se admite que existe una relativa autonomía e independencia entre los distintos órdenes, ellos guardan entre sí relaciones de interdependencia y se encuentran indisolublemente vinculados a la sociedad global. Por ello, como proceso conjunto está sometido a una misma situación estructural y a un mismo proceso histórico. Aun si lo que se busca es estudiar alguna de sus manifestaciones y la relación que ésta guarda con otro proceso de cambio, debe tenerse presente que la determinación de esa manifestación se encuentra explicada por el tipo de interrelaciones que guarda con aquellos órdenes “no considerados” en un momento dado. Cuando la preocupación intelectual consiste en averiguar cuáles son sus efectos en el proceso general de cambio o cuáles las repercusiones que podría esperarse que tuviera en un orden institucional dado, es preciso reflexionar primero respecto a *qué tipo* de urbanización ha estado ocurriendo.

En esta sección intentaremos mostrar que las relaciones empíricas entre la urbanización y el radicalismo político de izquierda, varían considerablemente de acuerdo con la forma como se conceptualicen los vínculos entre ambos procesos; esto es, según se tomen o no en cuenta las varias dimensiones de aquélla y las relaciones que mantiene con otros procesos de cambio que, como el desarrollo económico, inciden en la explicación del comportamiento radical.

Para ello, revisaremos brevemente algunas de las proposiciones generales que en la perspectiva “unidimensional” han sido formuladas y anotaremos algunos de los hallazgos obtenidos en su favor. Definida en términos poblacionales, la urbanización ha sido frecuentemente asociada con el desarrollo político democrático de tipo parlamentario y como un proceso integrador y estabilizador del orden social establecido. Kornhauser ha señalado que a pesar de que la urbanización es presentada por muchos autores como generadora de “masas” es muy cuestionable que “el modo de vida urbano” posea características que favorezcan el extremismo político. El fascismo por ejemplo, aunque logró éxito en un país altamente urbanizado como Alemania, también lo hizo en otro mucho menos urbanizado como Italia, y la fuerza relativa de los partidos comunistas es mayor en Francia y en Italia que en los Estados Unidos e Inglaterra que son, también, más urbanizados que los dos primeros. Además, entre quince países occidentales la correlación de rango obtenida entre la proporción de población en ciudades de más de 20 000 habi-

tantes y la proporción de votos en favor del partido comunista fue de -.61. Así, existe una relación negativa entre el grado de urbanización y el apoyo al comunismo, “aun cuando los partidos comunistas obtienen su mayor apoyo en las grandes ciudades *dentro* de cada país.”⁶⁰

De los datos compilados por el International Urban Research (Berkeley, California), se obtienen tres índices diferentes de urbanización: el porcentaje de la población en comunidades de 20 000 habitantes y más, el porcentaje en comunidades de 100 000 habitantes y más, y el de los que residen en áreas metropolitanas corrientes. “En todos estos tres índices los países más democráticos marcan un resultado más alto que los menos democráticos, por lo que el grado de urbanización se relaciona positivamente con la existencia de una democracia.”⁶¹ Sin embargo, también Lipset reporta que *dentro* de cada país, el tamaño de la ciudad mantiene una relación positiva con los votos izquierdistas.⁶²

Como primera conclusión, tenemos que el grado de urbanización ecológico-demográfico se asocia negativamente con el radicalismo en comparaciones *internacionales* pero positivamente en comparaciones *intranacionales*.

Ocupémonos entonces de la relación analizada, *dentro* de los países. El procedimiento normalmente recurrente consiste en destacar que en los países latinoamericanos, las características de su estructura agraria, aunada a la fuerte presión demográfica sobre los escasos recursos disponibles, se traduce en factores de expulsión que llevan a grandes contingentes rurales hacia las ciudades y que en este proceso acumulativo los grandes centros urbanos, donde se concentra el escaso desarrollo, actúan a su vez como factores de atracción reforzando el impulso del proceso migratorio.

En base a esto, que *en general*⁶³ podemos admitir como válido, se han elaborado distintos tipos de hipótesis. Algunas de ellas, han postulado que la urbanización reduce el radicalismo toda vez que incorpora en forma creciente a las ciudades “masas con orientaciones tradicionalistas”, de origen rural y sin “experiencias de clase”, que son típicamente conformistas y conservadoras. Ellas contribuyen a incrementar el “lumpenproletariado” urbano que así formado carece de conciencia revolucionaria.

Estas hipótesis, inspiradas en las teorías de la “modernización”, son sin embargo discutibles. En primer lugar, porque la referida composición de origen agrario de las clases populares supone un patrón de urbanización en el que la migración interna ocurre en forma directa y rápida desde el campo hacia las grandes ciudades. Sin embargo, gran parte de los resultados disponibles contradicen ese supuesto confirmando que, por el contrario, se trata de un proceso “escalonado”, en el que la migración

rural-urbana atraviesa regularmente por dos etapas. En consecuencia, una proporción considerable de los sectores populares de origen migrante ha vivido experiencias urbanas previas y frecuentemente participado de ocupaciones de tipo urbano ya sean manuales o no manuales,⁶⁴ esto es, ha participado de experiencias “modernas” y ha estado en “disponibilidad” mucho antes de su llegada a la gran ciudad.

Otro tipo de hipótesis ha destacado ciertos factores psicosociales asociados con el componente migratorio de la urbanización. En esta línea, la urbanización actúa como un proceso diversificador de las relaciones sociales en el que los grupos primarios pierden importancia frente a los nuevos grupos y clases de referencia que provee la vida urbana, que también introduce nuevas normas y valores. En principio, la movilidad geográfica es valorizada por los migrantes como positiva toda vez que han dejado atrás la “privación absoluta” propia de la vida rural. Pero con el tiempo, al cambiar los grupos de referencia, los migrantes tenderán a compararse con los grupos urbanos de mejor posición iniciándose un proceso de “privación relativa” que puede incrementar o estimular el radicalismo de las clases más desposeídas. En consecuencia, es dable esperar que la urbanización se correlacione positivamente con el radicalismo político.

El autor de este trabajo considera que en efecto muchos de estos procesos ocurren y que su análisis es sumamente útil para la explicación de las relaciones entre el radicalismo y la urbanización. No obstante, el no tener presentes las otras dimensiones involucradas en el proceso puede conducir a errores y a establecer relaciones espurias entre la urbanización ecológico-demográfica y el radicalismo político.

En efecto, la urbanización de la población puede o no ir acompañada de la “urbanización de la economía” y ambas pueden o no asociarse a un proceso de desarrollo económico. Incluso, el resultado de su desenvolvimiento puede actuar en forma contraria al desarrollo al desviar gran parte de las inversiones en sectores de alta productividad a renglones menos “eficaces”, como cierto tipo de servicios, con una relación producto-capital más baja.⁶⁵

Por otra parte, la urbanización de la población y de la economía, expresadas en la concentración de la población y de las actividades no agrícolas no implica necesariamente un mayor desarrollo económico en el sentido que fue discutido en las primeras secciones. Es por ello que la urbanización de la población ha adoptado un carácter fuertemente terciario al “urbanizar” a las ocupaciones en gran parte fuera del sector industrial.⁶⁶ Del que en este sector terciario predominen las actividades no manuales, incluso en las más bajas ocupaciones, ¿qué resultados pueden esperarse? No se está en condiciones de responder satisfactoria-

mente a este tipo de preguntas, todavía. Pero en todo caso convendría establecer algunos controles a las hipótesis “unidimensionales”.

De entre estos controles, el más inmediato para nuestros propósitos podría ser al menos el siguiente: ¿qué ocurre en las correlaciones citadas si se neutralizara el efecto de otros procesos explicativos del radicalismo, como el desarrollo económico por ejemplo?

Enseguida intentaremos dar respuesta a esta pregunta. Según la hipótesis unidimensional, la urbanización de la población se correlaciona positivamente con el radicalismo político. Computados los coeficientes para las tres elecciones presidenciales de Chile investigadas por nosotros, los resultados parecen favorecer a la hipótesis. Para 1952 la correlación es de .377; para 1958, de .393, y para 1964, de .220. Así, efectivamente las relaciones existen y son positivas.

Sin embargo, sabemos que el desarrollo económico se relaciona positivamente con el radicalismo y que la urbanización poblacional tiene una correlación positiva con la fuerza de trabajo en la industria (nuestro indicador de desarrollo): .732 en 1952 y .746 en 1960. Entonces, descontemos las influencias del desarrollo económico sobre el radicalismo y la urbanización y correlacionemos los “residuos” entre ambas variables. Si la hipótesis original es realmente cierta, los coeficientes obtenidos deberán conservar su signo y su valor deberá ser aproximadamente igual o mayor, aun después del control. Pero ello no ha ocurrido así; al neutralizar el efecto del desarrollo económico los coeficientes de correlación se han hecho negativos. Por tanto, la urbanización ecológico-demográfica se asocia negativamente con el radicalismo político si se neutraliza el efecto del desarrollo económico. Si bien las correlaciones parciales no son significativas, la hipótesis unidimensional es suficientemente rechazada; al menos, la relación positiva que postulaba no existe. Los resultados pueden apreciarse en el cuadro 14.

CUADRO 14

CORRELACIONES SIMPLES Y PARCIALES ENTRE EL
RADICALISMO POLÍTICO Y LA URBANIZACIÓN
ECOLÓGICO-DEMOGRÁFICA

<i>Año *</i>	<i>Simples</i>	<i>Parciales</i>
1952	.377	—.151
1958	.393	—.132
1964	.220	—.272

* El año se refiere a las fechas electorales, que no siempre coinciden con el año de las variables socioeconómicas.

Nota: En todos los casos fue controlada la fuerza de trabajo en la industria, minas y canteras.

En su estudio, Dillon Soares encontró correlaciones positivas de orden cero entre la urbanización poblacional y el radicalismo electoral de izquierda en varios países y para distintos años.⁶⁷ Ellas fueron de .79 en el Brasil, para 1947; .46 en Chile, para 1952; .37 en Costa Rica, para 1962; .70 en Japón, para 1960, y .81 en Venezuela, para 1958. Al menos para Chile, tales correlaciones no existen, como lo hemos demostrado, por lo que valdría la pena averiguar si no son igualmente espurias para los otros países. Por lo demás, este autor consideró a la urbanización poblacional como un indicador de desarrollo económico, lo que además de ser discutible como ya fue dicho, perjudica la consistencia de su hipótesis entre el desarrollo económico y el radicalismo. En verdad, el proceso de urbanización debiera concebirse como un fenómeno relativamente independiente y autónomo del desarrollo económico interno. Esta precaución teórica y metodológica puede contribuir a dar mayor solidez a una línea de investigación que, como la sugerida por Soares, ha mostrado ser sumamente fructífera y prometedora para la comprensión del comportamiento político radical de izquierda en América Latina.

Bajo el enfoque multidimensional, las relaciones de la urbanización con otros procesos debieran estar referidas a varios de sus órdenes componentes. Infortunadamente, no fue posible disponer de otro tipo de datos que nos permitiera trabajar con otros indicadores de desarrollo económico (valor agregado en la industria, producto industrial bruto, ingreso *per capita*, etcétera) a fin de que la fuerza de trabajo no agrícola, industrial y terciaria, fuera manejada como un indicador de la “urbanización de la economía”. De haber sido así, las relaciones empíricas halladas entre urbanización y radicalismo habrían variado en sentido positivo y el efecto conjunto de ella con el desarrollo económico habría incrementado, muy posiblemente, la proporción de varianza explicada de nuestra variable dependiente en forma significativa.

LOS DETERMINANTES ESTRUCTURALES DEL RADICALISMO

Con base en nuestras consideraciones teóricas, los procesos estructurales discutidos previamente debieran explicar —positiva o negativamente— el comportamiento político radical de izquierda. Dado que nuestro interés consiste en averiguar el poder explicativo de estos procesos tomados en conjunto, y no sólo la relación de cada uno de ellos con el radicalismo vista separadamente, variables referidas a los distintos procesos —desarrollo económico, desarrollo social y urbanización— fueron reunidas con el objeto de explorar el grado de explicación conjunta que eran capaces de lograr sobre nuestra variable dependiente. Para tal efecto, los datos fueron analizados a través del análisis de regresión lineal

múltiple. Este procedimiento se llevó a cabo para los años de las tres últimas elecciones presidenciales en Chile utilizando siempre las mismas variables independientes. Ellas fueron: 1) Proporción de población que habita en localidades de 5 000 y más habitantes; 2) Proporción de población con educación primaria; 3) Razón de estratos medios respecto a bajos; 4) Proporción de votos femeninos, y 5) Proporción de población económicamente activa en ocupaciones industriales.

A fin de facilitar la presentación de los resultados, éstos serán descritos de acuerdo a las fechas en que fueron celebradas las elecciones.

1952

Una primera regresión múltiple fue computada con tres variables explicativas, obteniéndose una varianza explicada del orden del 43.33%; esto es, un coeficiente de correlación múltiple de .658.

De acuerdo con la teoría, de estas tres variables la referida al desarrollo económico prestaría la mayor contribución explicativa positiva; la urbanización de la población contribuiría también en forma positiva (según la hipótesis unidimensional), y el voto femenino participaría en la explicación, pero con sentido negativo. Obviamente, se esperaba que los coeficientes de regresión (beta) fueran significativos en el sentido indicado para cada uno de ellos. Sin embargo no fue así. Únicamente la industrialización tuvo el comportamiento esperado, con un coeficiente de regresión positivo y significativo. Estos resultados se aprecian en el cuadro 15.

CUADRO 15

CHILE: DESARROLLO ECONÓMICO, URBANIZACIÓN Y VOTO FEMENINO, CON RADICALISMO POLÍTICO

(Regresión lineal múltiple, 1952)

<i>Variable</i>	<i>Valores Beta</i>	<i>Valor calculado de t^a</i>	<i>Valor calculado de F</i>
Desarrollo económico	.166	2.471	
Urbanización	— .018	— .509	
Voto femenino	— .103	— .988	
R = .658			
R ² = .4333*			5.353

^a Con 25 observaciones y 21 grados de libertad, es necesario un valor calculado de t mayor o igual que 1.72 para un nivel de significación del 5%, en una hipótesis unidireccional. En una hipótesis bidireccional, se requiere un valor t mayor o igual que 2.08 para el mismo nivel de significación.

* Con 3 y 21 grados de libertad la varianza explicada es significativa a un nivel del 5% si su valor calculado de F es mayor o igual que 3.07.

Manteniendo el desarrollo económico y la urbanización, fue computada otra regresión múltiple en la que fue eliminado el voto femenino e incorporados dos nuevos indicadores de desarrollo social, que debían incrementar la varianza explicada con participación negativa. En efecto, de un 43.33% la nueva regresión mejoró su alcance explicativo al elevarse a un 50.32%. El desarrollo económico mantuvo su coeficiente beta al mismo nivel de significación y la educación registró igualmente un coeficiente significativo y con sentido negativo como se esperaba. En consecuencia, de las cuatro variables independientes dos de ellas —urbanización y estratos medios— no tuvieron el comportamiento esperado. De todos modos, la varianza explicada mejoró y en ambas regresiones se comprueba el papel de explicación fundamental que el desarrollo económico tiene del radicalismo político de izquierda. Los resultados se consignan en el cuadro 16.

CUADRO 16

CHILE: DESARROLLO ECONÓMICO, DESARROLLO SOCIAL Y URBANIZACIÓN, CON RADICALISMO POLÍTICO

(Regresión lineal múltiple, 1952)

<i>Variable</i>	<i>Valores Beta</i>	<i>Valor calculado de t^a</i>	<i>Valor calculado de F</i>
Desarrollo económico	.148	1.967	
Urbanización	.023	.547	
Educación	— .242	— 1.850	
Estratos medios (y altos)	— .189	— 1.637	
R = .709			
R ² = .5032*			5.064

^a Con 25 observaciones y 20 grados de libertad, es necesario un valor calculado de t mayor o igual que 1.73 para un nivel de significación del 5%, en una hipótesis unidireccional. En una hipótesis bidireccional se requiere un valor t mayor o igual que 2.09 para el mismo nivel de significación.

* Con 4 y 20 grados de libertad, la varianza explicada es significativa a un nivel del 5% si su valor calculado de F es mayor o igual que 2.87.

Es interesante comparar estos resultados con los obtenidos para el mismo año por Soares y Hamblin, quienes usando el procedimiento de condensación *stepwise* que elimina automáticamente las variables una a una en orden inverso a sus valores t, obtuvieron cuatro variables independientes con coeficientes beta significativamente distintos de cero

a un nivel del 5% (de entre 12 variables originales). Estas cuatro variables lograron explicar el 45% de la varianza. Ellas fueron: 1) la proporción de la fuerza de trabajo sin empleo; 2) la proporción de población activa en el sector primario; 3) la proporción de población activa en la minería, y 4) la proporción de población divorciada. Posteriormente, estas variables fueron concebidas como una función multiplicativa no lineal del radicalismo con magníficos resultados: una variable fue agregada a la lista de coeficientes significativos y la varianza explicada aumentó de un 45% a un 79%.⁶⁸

Estos resultados sugieren que un procedimiento semejante podría incrementar en forma considerable nuestras predicciones. Infortunadamente, el programa de computación referido (*stepwise*) no estuvo a nuestro alcance. Pero además, los resultados de los autores citados sugieren igualmente la importancia de incluir ciertos indicadores psicosociales representativos de fenómenos como la anomia y la privación relativa.

1958

En comparación con 1952, los resultados para este año son sumamente parecidos en cuanto al comportamiento esperado y observado de las variables. De entre tres independientes, el único coeficiente de regresión significativamente distinto de cero fue el de nuestra variable de desarrollo económico, en tanto que la urbanización y el voto femenino permanecieron con coeficientes negativos y no significativos. Para este año, la varianza explicada fue del 45.62%, valor que prácticamente no difiere del obtenido, para 1952, en la regresión múltiple comparable. Los resultados son sumarizados en el cuadro 17.

CUADRO 17

CHILE: DESARROLLO ECONÓMICO, URBANIZACIÓN Y VOTO FEMENINO, CON RADICALISMO POLÍTICO

(Regresión múltiple, 1958)

<i>Variable</i>	<i>Valores Beta</i>	<i>Valor calculado de t^a</i>	<i>Valor calculado de F</i>
Desarrollo económico	.404	2.237	
Urbanización	-.024	-.263	
Voto femenino	-.412	-1.328	
R = .675			
R ² = .4562*			5.873

* *Ibidem*, cuadro 15.

* *Idem*.

Al efectuar el mismo cambio de variables que en 1952 para la segunda regresión, los resultados variaron respecto a ese año anterior. Ahora se explica una varianza mucho mayor (59.23%), pero el desarrollo económico si bien mantiene un coeficiente beta positivo al igual que la urbanización, ha dejado de ser significativo. Por su parte, la educación, que para 1952 pareció contribuir significativamente y en forma negativa a la explicación del radicalismo, también ha perdido valor. De esta manera, de las cuatro variables explicativas sólo a una corresponde un coeficiente de regresión significativo a un nivel del 1% y con signo negativo. En virtud de que esta variable es la referida a los estratos medios, su comportamiento corresponde al esperado por la teoría, pero la aparente pérdida de nuestro indicador de desarrollo económico no deja de llamar la atención. Con todo, éste es un resultado que sugiere la importancia que esta variable tiene en la explicación del radicalismo de izquierda, concebida como un indicador negativo del mismo.

Los resultados de esta última regresión, se presentan en el cuadro 18.

CUADRO 18

CHILE: DESARROLLO ECONÓMICO, DESARROLLO SOCIAL
Y URBANIZACIÓN, CON RADICALISMO POLÍTICO

(Regresión lineal múltiple, 1958)

<i>Variable</i>	<i>Valores Beta</i>	<i>Valor calculado de t^a</i>	<i>Valor calculado de F</i>
Desarrollo económico	.197	1.077	
Urbanización	.146	1.404	
Educación	— .504	— 1.581	
Estratos medios (y altos)	— .837	— 2.978	
R = .769			
R ² = .5923*			7.266

^a *Ibidem*, cuadro 16.

* *Idem*.

1964

Las dos regresiones múltiples practicadas para este año, presentan en sus resultados una importante diferencia con respecto a las anteriores. Ambas explican una menor proporción de varianza y la explicada por una de ellas no difiere significativamente de cero, caso que no había ocurrido antes.

En efecto, manteniendo el orden de presentación, la primera regresión, con tres variables independientes, explica el 32.52% de la varianza, siendo significativamente distinta de cero a un nivel del 5%. En ella, el único coeficiente de regresión significativo es el relativo a la variable de desarrollo económico, nuevamente, que lo es a un nivel del 1% conservando como siempre su signo positivo. La urbanización presenta un coeficiente negativo y el voto femenino uno positivo (véase cuadro 19).

CUADRO 19

CHILE: DESARROLLO ECONÓMICO, URBANIZACIÓN
Y VOTO FEMENINO, CON RADICALISMO POLÍTICO

(Regresión lineal múltiple, 1964)

<i>Variable</i>	<i>Valores Beta</i>	<i>Valor calculado de t^a</i>	<i>Valor calculado de F</i>
Desarrollo Económico	.483	2.890	
Urbanización	— .138	— 1.439	
Voto Femenino	.210	.611	
R = .570			
R ² = .3252*			3.373

^a *Ibidem*, cuadro 15.

* *Idem*.

Al eliminar la variable voto femenino y sustituirla por educación y estratos medios, la varianza explicada aumentó ligeramente a un 34.21% pero a cambio de ello dejó de ser significativa. El desarrollo económico mantuvo el mismo comportamiento en cuanto a signo aunque ahora sólo fue significativo a condición de ampliar la región crítica al nivel del 5%. No obstante, esta variable parece comportarse de manera muy uniforme. El resto de las variables incluidas en la regresión comportaron todas signos positivos (véase cuadro 20).

CUADRO 20

CHILE: DESARROLLO ECONÓMICO, DESARROLLO SOCIAL
Y URBANIZACIÓN CON RADICALISMO POLÍTICO

(Regresión lineal múltiple, 1964)

<i>Variable</i>	<i>Valores Beta</i>	<i>Valor calculado de t^a</i>	<i>Valor calculado de F</i>
Desarrollo Económico	.401	2.166	
Urbanización	.040	.219	
Educación	.452	.781	
Estratos Medios (y altos)	.009	.034	
R = .585			
R ² = .3421*			2.599

^a *Ibidem*, cuadro 16.

* *Idem*.

La descripción hecha de los resultados obtenidos a través del análisis de regresión lineal múltiple, ha tenido como propósito básico el presentar las magnitudes en que los procesos estructurales analizados en este trabajo son capaces de explicar el comportamiento político radical de izquierda, en su manifestación electoral, para tres puntos en el tiempo.

Salvo el caso del desarrollo económico, las variables restantes tienen un comportamiento poco uniforme en las distintas relaciones, por lo que sería preciso analizarlas ejerciendo distintos tipos de controles, antes de intentar cualquier conclusión definitiva.

Por ello, se ha considerado preferible atender mejor a las varianzas explicadas, como un intento de aproximación a lo que estas variables pueden ofrecer al ser utilizadas conjuntamente. Las explicaciones encontradas varían entre 43.33% y 50.32% en 1952; 45.62% y 59.23% en 1958; 32.52% y 34.21% en 1964.

Se acepta sin embargo que estos resultados podrían ser mejorados si se supusieran relaciones multiplicativas no lineales entre las variables en vez de relaciones lineales aditivas. Junto a ello, el empleo de indicadores más refinados de los procesos descritos podría ser sumamente benéfico.

Finalmente, existen sobradas razones para pensar en serios problemas de multicolinealidad. Por ello, sería deseable intentar el análisis de regresión con baterías de indicadores referidas a nuestros procesos explicativos que en lo posible minimizaran sus intercorrelaciones. Las altas correlaciones que varias de nuestras variables independientes guardan entre sí, hace difícil distinguir sus influencias por separado y obtener una estimación razonablemente precisa de sus efectos relativos.⁶⁹

CONCLUSIONES

En el trabajo que antecede se ha intentado seguir una perspectiva teórica de acuerdo con la cual las transformaciones estructurales de la sociedad latinoamericana deben ser comprendidas e interpretadas en términos de su especificidad estructural y a partir de la situación de dependencia que caracteriza a su proceso histórico. Por consiguiente, la evaluación de sus efectos no ha sido elaborada en función de la experiencia de los países de desarrollo originario.

Con datos elaborados para las 25 provincias de Chile en 1952, 1958 y 1964, ha sido mostrado que los resultados difieren considerablemente según se verifiquen comparaciones *internacionales* o *intranacionales*.

A su vez, se ha demostrado que el desarrollo económico se correlaciona positivamente con el voto por la izquierda radical y que estas correlaciones son consistentes en los tres puntos de tiempo analizados.

Asimismo, ha sido probado que el desarrollo social se correlaciona negativamente con el radicalismo político de izquierda una vez que los efectos del desarrollo económico son neutralizados. Estos resultados han sido igualmente consistentes en los años mencionados.

Por su parte, y para los mismos años, fue demostrado que la urbanización, definida en su dimensión ecológico-demográfica, se correlaciona negativamente con el voto por la izquierda radical siempre que al igual que para el desarrollo social, los efectos del desarrollo económico sean controlados. Se ha sugerido sin embargo, que concebida la urbanización en términos multidimensionales, los resultados empíricos serían distintos y que al ser utilizada la fuerza de trabajo no agrícola como un indicador de la "urbanización de la economía" podría contribuir a reforzar la explicación del radicalismo de izquierda dada por el desarrollo económico, obviamente medido también a partir de otros indicadores. Por tanto, desarrollo económico y urbanización deberían ser conceptualizados como dos procesos que, aunque interrelacionados, tienen una cierta autonomía de existencia y una relativa independencia.

Todos estos resultados han favorecido a nuestras predicciones, tanto en el sentido de las correlaciones como en su comportamiento en los tres tiempos considerados.

Para la obtención de los resultados apuntados, nos valimos del análisis de correlación simple y parcial.

Visto el efecto conjunto de nuestras variables sobre el radicalismo político de izquierda, el análisis preliminar de las regiones lineales múltiples no permite establecer conclusiones definitivas. Sin embargo, el comportamiento de nuestra variable de desarrollo económico parece caracterizarla como sumamente relevante subrayando su importancia "relativa" en su explicación de la variable dependiente. En prácticamente todas las regresiones computadas, mantuvo un coeficiente de regresión positivo y significativo.

Si bien la varianza explicada por nuestras variables en conjunto no es del todo desalentadora, siendo significativamente distinta de cero en todos los casos, menos uno, la proporción no explicada es considerable. Con el objeto de aumentar la explicación obtenida, han sido formuladas algunas sugerencias.

Santiago, Chile, diciembre de 1968.

¹ Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Paidós, Buenos Aires, 1966, p. 151. El concepto "movilización social" fue empleado por K.W. Deutsch para indicar un aumento de la comunicación, así como una capacidad de identificación. Véase su *Nationalism and Social Communication*, New York, Wiley and Sons, 1953, cap. II. Para una mejor comprensión de las "variablespatrón" (pattern variables) utilizadas por Germani en su análisis del tradicionalismo -modernismo, consúltese la obra de Talcott Parsons, *The Social System*, Glencoe, Free Press, 1951; especialmente, pp. 58-67.

² Véase Rostow W., *Las etapas del crecimiento económico*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962.

³ Consúltese al respecto el conocido ensayo de R. Stavenhagen, "Siete tesis equivocadas sobre América Latina", en *Arauco*, núm. 78, 1966, pp. 19-30. Igualmente, de Pablo González Casanova, "Sociedad Plural y Desarrollo: el caso de México", en Joseph A. Kahl (editor), *La industrialización en América Latina*. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1965, pp. 262-273.

⁴ Véase Cardoso, F. H. y Faletto, E., *Dependencia y desarrollo en América Latina*, ILPES, 1966.

⁵ John J. Johnson, *La transformación política de América Latina. El surgimiento de los sectores medios*, Solar-Hachette, Buenos Aires, 1962. Véase también Medina Echevarría, José, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico*, de la misma casa editorial, 1964, para un buen análisis crítico.

⁶ Hoselitz, Bert F., "Economic Growth in Latin America", en *Contribution to the First International Conference of Economic History*, Estocolmo, 1960, pp. 67 y 101.

⁷ Ahumada, Jorge, *El desarrollo económico y los problemas del cambio social en América Latina*, CEPAL, Santiago de Chile.

⁸ Para un análisis de la acción sindical, referido a Chile, consúltese el trabajo de Adolfo Gurrieri, *Consideraciones sobre los sindicatos chilenos*, ILPES, Santiago, 1968.

⁹ Stavenhagen, R., *op. cit.*, p. 26.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 26-27.

¹¹ Sobre si las clases constituyen entes reales o nominales y el significado de estos términos, consúltese Bierstedt, R. "Nominal and real definitions in sociological theory", en Llewellyn Gross (editor), *Symposium on sociological theory*, New York: Horper, 1959.

Asimismo, sobre los conceptos de estrato y clase el artículo de R. Stavenhagen, "Estructura de clases y estratificación social", en *Revista de Ciencias Políticas y Sociales*.

¹² Estas medidas de política responden, a su vez, a la ideología del gobierno establecido que en 1938 había llegado al poder, en una coalición de las fuerzas de izquierda, reunidas en el Frente Popular.

¹³ CEPAL, *El desarrollo industrial de América Latina; Chile*, Santiago, 1967, p. 6.

¹⁴ *Ibidem*, p. 7.

¹⁵ Tomado de Cardoso, F.H. y Reyna, J.L., "Industrialización, estructura ocupacional y estratificación social en América Latina", en F. H. Cardoso, *Cuestiones de sociología del desarrollo de América Latina*, Editorial Universitaria, Santiago, 1968, p. 73.

¹⁶ *Ibidem*, p. 83. Los datos para Chile no coinciden exactamente con los apuntados en párrafos anteriores por provenir de fuentes distintas. No obstante, indican la misma tendencia.

¹⁷ Para un análisis de la marginalidad en Chile, Mattelart, A. y Garretón, M., *Integración nacional y marginalidad*. Ed. del Pacífico, Santiago, 1965.

¹⁸ Cardoso, F.H. y Reyna, J.L., *op. cit.*, pp. 71-72.

¹⁹ Dorselaer, Jacques, *Ensayo de estudio socioeconómico sobre los centros urbanos de Chile*, Corporación de la Vivienda, Santiago, 1962.

²⁰ El carácter dependiente del proceso de urbanización latinoamericano ha sido claramente mostrado e interpretado por Aníbal Quijano, *Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica*, Cuadernos de Desarrollo Urbano Regional, núm. 6, CIDU, Santiago, 1968.

²¹ Frieddman, J. y Lackington, T., *La hiperurbanización y el desarrollo nacional en Chile: algunas hipótesis*, CIDU, Santiago, 1967, p. 41.

²² Véase al respecto, Hauser, Philip, *La urbanización en América Latina*, UNESCO, 1962.

²³ Sobre este concepto, véase Jefferson, Mark, "The law of Primate Cities" en *Geographical Review*, abril, 1939.

²⁴ Sunkel O., *El marco histórico del proceso de desarrollo y de subdesarrollo*, ILPES, Santiago, 1967, pp. 56-57.

²⁵ Aunque en este trabajo no se distinguirá en forma rigurosa entre los conceptos de "clase" y "estrato o sector", se tendrá presente una distinción fundamental, originada en K. Marx y muy claramente expresada por Dahrendorf: "Por sector se entenderá una categoría de personas que en atención a una serie de características de posición, determinables en cada caso, como ingresos, prestigio, tipo de vida, etcétera, ocupan una situación aproximadamente igual dentro de la estructura social, representada ésta como escala jerárquica. Sector es un concepto descriptivo de ordenación. El concepto de 'clase' es, por el contrario, una categoría analítica, que sólo adquiere su pleno sentido en relación con una teoría de las clases. Las 'clases' son agrupaciones de intereses que surgen de ciertas condiciones estructurales y que, como tales agrupaciones, intervienen en conflictos sociales y contribuyen a la transformación de las estructuras sociales." Véase Dahrendorf, R., *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad Industrial*, RIALP, Madrid, 1962, p. 13. Véase también Stavenhagen, R., "Estratificación social y estructura de clases", *Ciencias Políticas y Sociales*, México, enero-marzo, 1962, núm. 27, pp. 73-103.

²⁶ Véase Germani, Gino, "Estrategia para estimular la movilidad social" en J. Kahl (editor) *La industrialización en América Latina*, Fondo de cultura Económica, México, 1965, pp. 274-306.

²⁷ *Ibidem*, p. 298.

²⁸ Reyna, J. L., Villa, M. y Albrechtsen, K., "Dinámica de la estratificación social en algunas ciudades pequeñas y medianas de México" en *Demografía y Economía*, El Colegio de México, vol. I, núm. 3, 1967, pp. 368-394 y Cinta, Ricardo, "Un enfoque socioeconómico de la urbanización", en la misma revista, vol. II, núm. 1, 1968, pp. 63-80.

²⁹ Cardoso, F. H. y Reyna, J. L., *op. cit.*, p. 97.

³⁰ Graciarena, J., *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*, Paidós, Buenos Aires, 1967, pp. 136 y ss.

³¹ *Ibidem*, p. 141. Sobre la rigidez de las estructuras tradicionales y su incompatibilidad con las "nuevas" clases medias, véase el análisis crítico de Luis Ratinoff, *Los nuevos grupos urbanos: las clases medias*, 1966 (mimeografiado).

³² Me refiero concretamente al programa elaborado por Jacques Chonchol y colaboradores en el seno del Partido Demócrata Cristiano, cuyo texto original fue aprobado por unanimidad en convención del Partido, como programa electoral en 1964.

³³ CEPAL. *El desarrollo social de América Latina en la posguerra*, Solar-Hachette, Buenos Aires, 1963. Véase especialmente el capítulo correspondiente a las clases medias.

³⁴ Es dudoso —como lo ha señalado un economista chileno— que el voto por las plataformas electorales que propugnaban cambios signifique que en efecto una mayoría de chilenos deseen una auténtica revolución. "Pero es, en todo caso una demostración fehaciente de su insatisfacción con la situación pasada y presente del país." Véase: Sunkel, O., *Cambio social y frustración en Chile*, ILPES, 1965 (mimeografiado). La versión en inglés de este artículo se encuentra publicada en Véliz, C. (compilador), *Obstacles to change in Latin America*, Oxford University Press, 1965.

³⁵ Estas predicciones, tan difundidas en las obras de Marx y Engels han sido excelentemente resumidas en forma sistemática por Dahrendorf, R., *op. cit.* De Marx conviene ver, muy al propósito, su *Introducción a la crítica de la Economía Política*, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* y el *Manifiesto del Partido Comunista*.

³⁶ Aunque Marx no ignoraba muchos de estos aspectos, no los incorporó a sus análisis en forma suficientemente sistemática. Nos referimos concretamente a fenómenos como el de "privación relativa" (Marx acentuó sobre todo la privación absoluta) descrita por la teoría de los grupos de referencia; al fenómeno de la anomía (no estrictamente equivalente al de enajenación tal y como fue considerado por Marx) e incluso al de "incongruencia de status", hoy tan de moda, que es parcialmente una fuente auspiciadora de la privación relativa. Dentro de la amplia literatura que existe al respecto, pueden consultarse las siguientes obras: Merton, R., *Teoría y estructura sociales*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964. Durkheim, E., *El suicidio*, diversas eds., Germani, G., "Political Mobility and Development" en Smelser, N. J. y Lipset, S. M., *Social Structure and Mobility in Economic Development*, Aldine Publishing Company, Chicago, 1964, pp. 364-394.

³⁷ En su estudio sobre el voto por la izquierda en Chile, en 1952, Gláucio Dillón Soares y Robert Hamblin operacionalizaron varios indicadores de estos aspectos. Véase su artículo, "Socioeconomic Variables and Voting for the Radical Left: Chile, 1952", Washington University — FLACSO.

³⁸ Centers, R., *The Psychology of Social Classes*, Princeton University Press, 1949.

³⁹ De Th. Geiger, citado en Dahrendorf, R., *op. cit.*, pp. 100-101.

⁴⁰ Kornhauser, W., *The Politics of Mass Society*, The Free Press, New York, 1966, p. 150.

⁴¹ Lipset, S. M., *El hombre político*, EUDEBA, Buenos Aires, 1960, p. 47. Existe mucha evidencia recabada en el mismo sentido, entre ella: Cutright, Ph., "National Political Development: Measurement and Analysis", en *American Sociological Review*, abril 28, 1963, pp. 253-264 y Ulam, Adam B., *The Unfinished Revolution*, Random House, New York, 1960.

⁴² Véase al respecto los análisis de Aníbal Pinto, *Chile, una economía difícil*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964, con especial atención al Apéndice y *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, de la misma casa editorial.

⁴³ Dillón Soares, G. A., "Desarrollo Económico y Radicalismo Político" en Kahl, J., editor, *La industrialización en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965, pp. 516-559, y Dillón Soares y Hamblin R., *op. cit.*

⁴⁴ Kuznetz, S., "Economic Growth and Income Inequality" en *American Economic Review*, 45, 1955.

⁴⁵ Dillón Soares, G. A., *op. cit.*, p. 524.

⁴⁶ En México, por ejemplo, la alta tasa de crecimiento que su economía ha mantenido en los últimos años, contrasta con una tendencia regresiva en la distribución del ingreso más acentuada que en Chile cuyo crecimiento ha sido inferior.

⁴⁷ Briones, G., "La estructura social y la participación política. Un estudio de sociología electoral de Chile" en *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*, vol. II, núm. 3, Unión Panamericana, Washington, D. C., 1963, pp. 376-404. Para generalizaciones empíricas entre ideología, clases sociales, autoidentificación y posición social, véase: Centers, R., *op. cit.*; Lipset, S. M., Lazarsfeld, P. F., Barton, A. H. y Linz, J., "The Psychology of Voting: An analysis of Political Behavior", en Lindsey, G., editor, *Handbook of Social Psychology*, Cambridge, Addison-Wesley, II, 1954, pp. 1124-1170, y Lipset, S. M., *op. cit.*, caps. IV y V.

⁴⁸ Para una descripción de la historia electoral chilena y las fuerzas políticas participantes, véase: Cruz Coke, R. *Geografía Electoral de Chile*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1952. Urzúa Valenzuela, G., *Los partidos políticos chilenos*, Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1968. Para estadísticas electorales de América Latina, ILPES, *Antecedentes cuantitativos referentes al desarrollo de América Latina*, vol. I, Santiago, 1966. Para las elecciones chilenas: en 1952, Dillón Soares, y Hamblin, R., *op. cit.*; 1958, Briones, G., *op. cit.*; 1964, Orville G. Cope, "The 1964 Presidential Election in Chile: The politics of change and Access" en *Asuntos económicos interamericanos*, vol. XIX, núm. 4, 1966, pp. 3-30.

⁴⁹ El autor agradece al Centro de Cálculo del Instituto de Ingeniería de la Universidad de Chile, la preparación de la matriz de intercorrelaciones y el cómputo de las regresiones múltiples utilizadas en este trabajo.

⁵⁰ Con 25 observaciones, si la hipótesis es unidireccional, un coeficiente de correlación es significativo a un nivel del 5% si es mayor o igual que 0.335. A un nivel del 1% de significación requeriría un valor mayor o igual que 0.462. En una hipótesis bidireccional, los valores requeridos serían 0.396 y 0.505, respectivamente.

⁵¹ Dillón Soares, *op. cit.*, p. 554.

⁵² *Ibidem*, p. 555.

⁵³ Depende incluso, además de los programas e ideologías debatidas, de los candidatos y las alternativas de elección. Véase: Lazarsfeld, P. F., Berelson, B. y Gaudet, H., *The People's Choice*, Duell, Sloan and Pearce, New York, 1944.

⁵⁴ Véase "Las Clases": El capítulo 52, no escrito, del tercer volumen de *El Capital*, de Marx, Dahrendorf, R., *op. cit.*, pp. 24-35.

⁵⁵ En Chile, este último indicador puede considerarse útil desde el punto de vista de la participación política de la mujer, toda vez que hasta 1952 la población femenina sufragó por primera vez en la historia del país.

⁵⁶ Véase, Lipset, S. M., *op. cit.*, p. 205.

⁵⁷ Dillón Soares, *op. cit.*

⁵⁸ *Ibidem*, p. 558.

⁵⁹ Para el desarrollo de este enfoque: Quijano, A., *op. cit.*; *La urbanización de la sociedad en Latinoamérica*, CEPAL, 1967 y *Urbanización y tendencias de cambio en la sociedad rural*, CEPAL, 1967, ambos del mismo autor. Para la representación multidimensional de la urbanización, Cinta, Ricardo, *op. cit.* y *Aspectos Socioeconómicos de la Urbanización en México*, Universidad Nacional Autónoma de México, 1967.

⁶⁰ Kornhauser, W., *op. cit.*, pp. 143-144.

⁶¹ Lipset, S. M., *op. cit.*, p. 34.

⁶² *Ibidem*, p. 234. Existen muchos otros trabajos que enfatizan el papel integrador y estabilizador de la urbanización. Entre ellos: Lewis, O. "Urbanization without brakedown", en Dwight Heath and Richards Adams (eds), *Contemporary Cultures and Societies of Latin America*, New York, Random House, 1965, pp. 424-432, y Germani, G. "The City as an integrating mechanism", en Beyer, Glenn, editor, *The Urban explosion in Latin America*, Cornell University Press, New York, pp. 175-214.

⁶³ Decimos en general porque a pesar de que estos factores ocurren, son insuficientes para explicar el crecimiento urbano debido a las migraciones. Si se observa históricamente, habría que referir por lo menos dos grandes etapas del proceso dependiente: 1) aquella referida al crecimiento de las actividades urbanas vinculadas a la economía agraria exportadora, y 2) aquella referida al desarrollo industrial y la crisis del sector exportador.

⁶⁴ Véase por ejemplo, Hutchinson, B., "The migrant population of urban Brazil" en *América Latina*, año 6, núm. 2, 1963. Para Chile, *Encuesta sobre la inmigración en el Gran Santiago*, CELADE, 1961. El análisis de la formación de las clases populares, con especial referencia al Brasil, ha sido realizado por Weffort, F., *Classes populares e desenvolvimento social*, ILPES, Santiago, 1968.

⁶⁵ Friedmann y Lackington han estudiado estos aspectos para Chile en su citado artículo.

⁶⁶ Sobre el carácter terciario del crecimiento urbano en América Latina, consúltese el trabajo de Bazanella, W. "Industrialização e Urbanização no Brasil", en *América Latina*, año 6, núm. 1, Brasil 1963.

Igualmente, Dorselaer, J. "Las funciones socioeconómicas de las ciudades latino-americanas" en *Problemas de urbanización en América Latina*, por Luis Calderón, Arturo Calle y Jaime Dorselaer, Estudios Sociológicos, núm. 13, FERES, Friburgo, 1963.

Para una *verificación causal* del mismo fenómeno, Cinta, Ricardo y Bruna, Susana, *Estructura Ocupacional y Crecimiento Urbano: un análisis causal*, FLACSO, Santiago, Chile, 1968 (inédito).

⁶⁷ Dillón Soares, *op. cit.*, p. 554.

⁶⁸ Soares y Hamblin, *op. cit.*

⁶⁹ Existen varios casos de multicolinealidad; su explicación puede verse en Johnston, J., *Econometric Methods*, McGraw-Hill Book Co. New York, 1963, pp. 201-207.